

LA CUARTERONA*

Drama en tres actos

original de

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA

* En conmemoración al centenario de la representación de *La Cuarterona*, de Alejandro Tapia y Rivera, se presentó dicha obra durante el Décimo Festival de Teatro, en una adaptación de la Dra. Piri Fernández de Levis. No habiendo sido posible obtener copia de ésta, reproducimos la versión original de Tapia y Rivera.

Representada en el Teatro Municipal Tapia de San Juan, del 18 al 21 de mayo de 1967, durante el Décimo Festival de Teatro Puertorriqueño.

REPARTO

JULIA, LA CUARTERONA	Marta Romero
CONDESA, MADRE DE CARLOS	Madeline Willemssen
CARLOS	Joaquín Collazo
GEORGINA, ESCLAVA LIBERTA	Sylvia del Villard
LUIS, AMIGO DE CARLOS	Victor Santini
DON CRÍSPULO, PADRE DE EMILIA . .	Elin Ortiz Reyes
EMILIA	Frieda Stubbe
PIANO	Elsa Rivera Salgado

Iluminación	Francisco Arriví
Realización	José Pérez Pérez
	Vicente Rufo Martínez
Vestuario	Zuckie Cruz
Realización	Esther Guerrero
Escenografía	Carlos Marichal
Realización	Melvyn Rivera
	Jesús Santiago
Cartel	David Goitia
Realización del cartel	Avilio Cajigas
Dirección Técnica	José M. Lacomba
Utilería	Luis Rivera
Tramoya	Enrique Gómez
	Pedro Sierra
Sonidos	Félix H. Rivera
Fotografía	Santos López
Versión y Dirección	Piri Fernández

PRIMER ACTO

*Habitación de CARLOS cuya puerta del fondo guía a la calle.
La de la izquierda del actor, al interior de la casa.*

ESCENA I

CARLOS y JORGE

CARLOS

(Sentado.) ¿Dices que Julia está pesarosa y que a veces la has sorprendido llorando? Háblame con toda sinceridad, Jorge; nos conocemos desde mi infancia y siempre has sido fiel a tus amos; continúa siéndolo al hombre como lo fuiste al niño, y no te pesará. Habla, pues; ya debes comprender que me interesa, cuando con tanto afán te lo pregunto.

JORGE

Le diré, niño Carlos: antes de llegar su merced de allá de Francia, Julia solía estar risueña, aunque como es sabido, su genio no ha sido nunca alegre, porque siempre he creído que la hacía sufrir su triste condición. Entonces me hablaba con frecuencia de su merced, y así podía yo recibir sus noticias. Ella tenía buen cuidado de decirme: «Jorge, el niño Carlos,

que no se olvida nunca de los que le aman, te envía memorias.» ¡Ah! Yo no sé lo que pasaba entonces por mí... Al saber que mi buen amito se acordaba de su pobre Jorge, lloraba de gusto, como lo hice de pena el día en que el niño se fue de la Habana.

CARLOS

Adelante, Jorge. Sé que me quieres y en ello me pagas. Prosigue

JORGE

¡Ah! ¡Si el niño supiese que todo se acabó cuando nos dijo la señora que su merced estaba para volver! Ya nada me contaba Julia; estaba siempre como pensativa, y cuando yo la preguntaba por el niño, ella no quería contestarme. Un día la sorprendí llorando, y casi huyendo de mí me dijo: «Jorge, vendrá muy pronto.» No pude seguirla para saber más, porque la alegría me detuvo, y ella se aprovechó de mi sorpresa para echar a correr.

CARLOS

Bueno, bueno. Me place lo que me cuentas.

JORGE

Aquel día en que dijo que su merced vendría pronto, me inquietó mucho ver que lloraba y ocultaba sus lágrimas; creí que se afligía porque hubiese ocurrido algún mal a su merced. Traté de averiguarlo, la seguí después, la encontré a solas, y entonces me dijo que nada había sucedido al niño, y que si lloraba era de contento. No era verdad, pues no podía llorar de contento con una cara tan triste, ni estar satisfecha, cuando siempre la veía como asustada.

CARLOS

Lo que dices me interesa. Ella y yo nos hemos criado juntos, y así no puedo ver con indiferencia su pesadumbre.

JORGE

¡Oh! Yo sé lo que es llorar de contento; lloré así el día en que su merced volvió y me dio un abrazo; por eso siempre dije y diré, que el llanto de Julia era de tristeza. El niño sabe que yo la conozco desde muy chiquita, y la quiero como querría a una hija si la tuviera. Pues bien, desde que su merced llegó, mejor dicho, desde que ella me anunció su regreso, no ha vuelto a estar alegre. ¡Oh! Yo veo bien todo eso, porque la quiero mucho y los ojos del que quiere mucho, ven muy claro.

CARLOS

(¡Me ama, me ama!) ¿Y dices que desde que llegué de Francia, hace un mes, está siempre como si tuviese algún pesar que trata de ocultarnos? Tienes razón: su risa y su canto son mera ficción, vana apariencia... (Por eso se marchó al campo, a casa de mi tía, a poco de mi llegada; por eso esquivó mi presencia hasta el punto de no haber podido hablar con ella a solas después de mi regreso... Ya no lo dudo; me halaga suponerlo.) Jorge, no ignoras que a pesar de todo, he querido y quiero a Julia, como... a una hermana... ¿entiendes? Justo es que no mire indiferente sus pesares... Esa tristeza que has creído descubrir en ella y que yo también he advertido, aunque como tú, sin adivinar la causa...

JORGE

Sí, niño, lo sé. Su merced ha sido siempre bueno con ella, conmigo y con todo el mundo; por eso todos le queremos tanto.

CARLOS

Gracias, buen Jorge. Observa a Julia, y cuéntame lo que veas; cuéntamelo todo. Ve pues a tus quehaceres, y toma para que fumes.

JORGE

Sin eso, niño, yo le quiero mucho.

Vase por la puerta del interior.

ESCENA II

CARLOS, *solo*

CARLOS

Ella me ama, sí... ¡pero qué!... Es un disparate, una locura... locura que va siendo superior a mi voluntad. No sé por qué, pero las palabras de Jorge me han revelado todo un mundo. ¿Y a qué hacerme cuentas tan galanas? Ella verá en mí al compañero de la infancia, me tendrá el cariño que se puede profesar a un hermano, y nada más... ¡Pero esas lágrimas al saber que se aproximaba mi regreso, esa tristeza y misterio desde mi llegada!... Acaso mide la diferencia de condiciones con que el destino implacable quiso separarnos... ¡Ah! Ella no conoce mi amor tal vez, ni mucho menos mi corazón; ella ignora sin duda que soy superior a ciertas ruines preocupaciones, y que la ausencia, revelándome la naturaleza de mis sentimientos, ha hecho de ella la imagen de mis ensueños, la estrella de mi destino... Julia, la hechicera Julia, no verá más que un abismo entre los dos, y no comprenderá tal vez que yo saltaría por sobre aquel abismo para acercarme a ella. Por otra parte, si mi madre llegase a imaginar... ella que la acogió y la ha educado con esmero; mi madre que la ama bondadosa... Pero al tratarse de quebrantar ciertas barreras, recordará que es la condesa, la señora altiva, y que la otra es una pobre mestiza... Vamos, es una locura, pero locura que comienza a labrar mi desgracia; sí, porque comienzo a ser muy desgraciado. Hola, amigo, Luis, sé bienvenido.

ESCENA III

CARLOS, LUIS

LUIS

Buenos días, *mon cher*. ¿Qué tal te va en esta Habana a que tú descabas tanto volver y que yo anhelo tanto *quitar* de nuevo?

CARLOS

Bien...

LUIS

Pocos días ha que llegué y ya me parecen siglos: ¡qué calles, qué casas, qué costumbres, qué fastidio, *mon Dieu!* Ya se ve: ¡aquellos bulevares, aquellas tiendas, aquellos palacios, aquel París! ¡Oh! ¡Es mucho París el que hemos dejado!

CARLOS

Poco a poco, Luis; pareces extranjero en tu patria.

LUIS

¿Cómo volver allá sin dinero? ¿Cómo renunciar a tales maravillas?

CARLOS

Cualquiera pensaría a primera vista, que tu entusiasmo por la capital de Francia era inspirado por el amor a las ciencias y a las artes, de que es un centro; pero a poco de oírte, se convencería de que no se trata del París intelectual, sino del que, como a ti, enloquece a tantos de nuestros jóvenes y no jóvenes; el París de los espectáculos y las loretas.

LUIS

Y es como debe ser.

CARLOS

¡Lucida está contigo la patria! ¡Qué porvenir tan hermoso! Vamos, sé un poco menos parisiense: ten un poco más de juicio. (Sólo me faltaba la presencia de Luis para acabar de estar contento.)

LUIS

¡Juicio, juicio! Esa es una palabra que de continuo me repetían allá todos aquellos locos serios que, como tú, sólo van allí a sumirse en el barrio latino entre libros y bibliotecas. ¡Vaya una diversión! Veo que eres aquí el mismo hombre triste que por allá.

CARLOS

El mismo ciertamente.

LUIS

¡Cuánto mejor es levantarse tarde y acostarse ídem, pasando el día en la dulce *flanerie* o en seguir la pista a alguna elegante damisela! Por la tarde el Bois de Boulogne o los Campos Elíseos; por la noche la ópera o algunos teatros *pour rire*, acabándola en la *Maison Dorée* con algunos amigos *comm'il faut* y algunas amigas tan bellas como *d'esprit*. Vamos, vamos, alégrate. ¡Bien veo que no sabes lo que es la vida, y sin embargo, es lástima!

CARLOS

Sin duda causo lástima. En cambio he adquirido en París una profesión sin haber llevado allí este objeto precisamente, y tú te fuiste a ello, has gastado a tus parientes una fortuna y has vuelto como fuiste. Dispensa que te hable así, pero todo eso lo motiva la lástima que manifiestas; además, me encuentro hoy de un humor negro.

LUIS

Enhorabuena, te lo perdono, porque veo que tienes la manía del Mentor. ¿Qué quieres? Cada cual tiene sus gustos. Yo nací para el gran mundo y no para un gran villorrio como éste,

malgré sus defensores; nací para tener fortuna y no para buscarla trabajando; para gozar y no para quemarme las pestañas en el estudio. Anda, sé tú, ya que lo quieres, un gran facultativo, un Nelatón, un Bernard, un Dupuytren. Yo no he venido al mundo para cortar brazos y piernas, ni para disecar cadáveres; antes al contrario, me juzgo hecho para contemplar, en todas sus perfecciones, las maravillas humanas, sobre todo cuando llevan *malakoff* y tienen cara bonita.

CARLOS

Siempre el mismo, y no comprendo qué locura tentó a tu familia para intentar hacer de ti un buen estudiante y médico aprovechado. (Quisiera ser tan frívolo como éste: la frivolidad padece poco.)

LUIS

Creí que mi familia era muy rica, y me he llevado un chasco solemne. Las ilusiones me engañaron.

CARLOS

Tal sucede a muchos.

LUIS

Por otra parte, dices que no he estudiado, ¡qué disparate! Sé hablar el francés, vestir con *chic*, tirar al florete y bailar un *cancán* como un demonio.

CARLOS

¡Algo es!...

LUIS

¿Te parece poco el *cancán* delicia de Mabilie y gloria de la Francia? ¿Hay cosa mejor que *vis a vis* de una donosa hembra, hacer aquello de... (*Tararea y hace algunas piruetas de cancan.*) Si dices que eso no es delicioso, estás tocando el violón.

CARLOS

Sin duda alguna.

LUIS

Pero en fin, pasemos a otro asunto. Vine a hablarte de algo que me interesa.

CARLOS

Ya te escucho.

LUIS

En mal hora recordé aquella deliciosa vida de la capital de Francia. En esta materia me vuelvo todo hablar y digresiones: tanto es mi entusiasmo y mi deseo de volver a gozarla.

CARLOS

Al asunto, pues. Casi llevo a tenerte envidia, porque al cabo eres hoy más feliz que yo.

LUIS

Como iba diciendo, no estoy nada contento en nuestra Habana, y deseo, y pienso y he resuelto volverme a París.

CARLOS

Bien pensado.

LUIS

Pero para vivir allá *comm'il faut* se necesita mucho dinero, y no lo tengo.

CARLOS

Trabaja.

LUIS

No me place. ¿Qué quieres? He perdido lo mejor del tiempo.

CARLOS

Bien lo veo.

LUIS

Acaso el vicio viene en mí desde la infancia. ¡Hacerle a uno creer que va a ser muy rico sin trabajar!

CARLOS

¿Y qué hacer?

LUIS

Pienso buscar una mujer rica y casarme o darme al diablo, que es lo mismo.

CARLOS

Muy bien pensado. (Creo que este majadero de Luis acabará por hacerme olvidar mis penas.)

LUIS

Me parece que mi personal, es decir, precisamente no tener otro crédito mayor, me pone en aptitud de ganar el corazón de alguna mujer frívola... y como eso es lo que busco, y aquellas son las más...

CARLOS

Dado que encuentres semejante joya, que no es nada difícil... ¿Juzgas que su familia se conforme con la insuficiencia tuya de que hablas?

LUIS

Gane yo a la muchacha... y como la ley protege el matrimonio...

CARLOS

Todo padre rico quiere para su hija por lo menos...

LUIS

¿Qué?

CARLOS

Un buen administrador.

LUIS

No, eso huele a criado: yo no tengo aptitud para administrar, sino para gastar.

CARLOS

¡Magnífico!...

LUIS

¿Y qué más puede querer un suegro rico?

CARLOS

Precisamente.

LUIS

La plétora de dinero necesita, como el vapor, una válvula, un desahogo, y aquí estoy yo.

CARLOS

Pues entonces eres cortado para el caso.

LUIS

Por eso no he perdido el tiempo.

CARLOS

¡Cómo!

LUIS

Necesito, Carlos, que me des algunos informes y me tranquilices respecto de si son o no fundadas mis esperanzas.

CARLOS

Si no te explicas...

LUIS

Anteayer era día de misa, y yo, como buen cristiano, acudo siempre a donde van ellas.

CARLOS

Es natural.

LUIS

Siempre he tenido esa costumbre.

CARLOS

Adelante.

LUIS

Hallábame en la puerta del templo que está aquí enfrente, en medio del corrillo de jóvenes, que por lo visto tienen poco que hacer y mucha afición al bello sexo, cuando vi salir de la iglesia y pasar por junto a mí a una joven bastante bonita, acompañada de un señor gordo y coloradote; una especie de tomate mayúsculo...

CARLOS

Bien, acaba.

LUIS

Desde luego observé en el grupo de jóvenes grave interés hacia la pareja. Ciertos hombres casaderos son tan deferentes con las mujeres ricas, que desde luego se conoce en su semblante y maneras y atenciones, que han hallado el filón. Tú sabes que en la materia tengo un olfato finísimo.

CARLOS

Concedido.

LUIS

Entre los del grupo había algunos cotorrones que sin duda buscaban lo que yo. ¿Quién mejor que ellos para orientarme? El es un buey gordo, me dijeron, y ella una ninfa de oro. La joven se llama Emilia, su padre tiene más dinero que un demonio, y más veces en Vuelta-abajo que no sé quien.

CARLOS

Eso es.

LUIS

¡Qué poesía! Un rico archirrico, soberbio mercachifle retirado.

CARLOS

¿Su nombre?

LUIS

Don Crispulo no sé cuántos.

CARLOS

¡El mismo! Lo imaginaba.

LUIS

¿Le conoces?

CARLOS

Mucho, mucho. ¡Qué casualidad!

LUIS

Pues bien: es forzoso que me presentes, ¿oyes? Quiero conocer a un señor tan apreciable; sobre todo a su hija. Al punto supe que la niña tiene muchos pretendientes, como era de esperarse. Me dijeron que aún no había elegido. Pero admírate de lo que añadieron; adivina...

CARLOS

¿Qué?

LUIS

Que era mi amigo Carlos una probabilidad.

CARLOS

Es muy cierto, por desgracia.

LUIS

Pero yo sé que tú no estás por buscar mujeres ricas, y comprendí desde luego que no tendría en ti un rival temible. ¿No es así? Tranquilízame, amigo mío, tranquiliza mi corazón.

CARLOS

Has dicho bien. Prefiero mil veces el celibato. ¡Casarme sin amor!

LUIS

¡Oh, ventura! ¡Cuando dije que eras un rival poco temible!...

CARLOS

Acá para inter nos: mi madre muestra empeño en que contraiga dicho enlace; el padre y la hija están conformes; falta sólo mi asentimiento.

LUIS

Pero tú no piensas darlo, ni lo darás... ¿no es eso?

CARLOS

Perdone mi buena madre: en esta ocasión no me hallo dispuesto a complacerla.

LUIS

¡Bien, bravo! Es decir que puedo contar con el campo libre y acaso con tu apoyo. Preséntame, Carlos, preséntame. Por lo que respecta a la chica, has de saber que la seguí, y situado después bajo sus balcones, se dejó ver como si no le fuese indiferente: creo no mentir al asegurarte que toma varas sin disgusto.

ESCENA IV

Dichos, JULIA

CARLOS

¡Julia!

JULIA

La señora deseaba saber si se hallaba usted en su habitación para bajar a verle. (*Saludando a LUIS.*) Caballero...

LUIS

(¡Bonita hembra!)

CARLOS

(Mi madre quiere hablarme; presumo de qué. ¡Cuánto lo temo!) Bien, Julia: estoy dispuesto a recibirla.

LUIS

Entonces te dejo.

CARLOS

Adiós, Luis; luego hablaremos.

LUIS

Me marchó; veo que tienes que hablar con... tu señora madre... ¿Qué te pasa? Estás turbado. ¡Hum! (Cuidado con la muchacha: veo que tienes buen gusto.)

CARLOS

Calla, calla... no desatines, amigo mío.

LUIS

En fin, volveré; no me olvides. (*Saludando a JULIA.*) Señorita... (¡hermosa es!)

Vase.

ESCENA V

CARLOS y JULIA

CARLOS

Mi madre desea hablarme, ¿no es eso?

JULIA

Sí.

CARLOS

¿Y no sabes de qué?

JULIA

(*Conmovida.*) Lo presumo.

CARLOS

Oyeme, Julia: Se trata de un matrimonio que se me propone; ¿acepto?

JULIA

Debe usted aceptar.

CARLOS

No, imposible: no puedes comunicarme tal decisión con indiferencia; sabes que mi corazón pertenece a otra.

JULIA

(¡Ah!)

CARLOS

A otra que, víctima y dominada a la vez por preocupaciones que detesto, se niega a escuchar mis votos.

JULIA

Carlos, ignoro de quién habla usted.

CARLOS

¿Ignorarlo tú?

JULIA

Carlos, es imposible unir lo que el destino separó.

CARLOS

Y qué, Julia; cuando me abraso, cuando muero de amor por la que sólo juzgaba amiga de infancia; cuando veo, ¡ah!,

me lo dice el alma, que ella corresponde al mismo afecto, ¿debo obedecer la voz del cálculo? ¿Debo entregar a otra una voluntad que sólo a ti pertenece?

JULIA

Carlos, si usted me ama, como dice, debe tratar de olvidarme. Usted supone que yo le amo; tal sería locura, y ambos debemos tener juicio. (¡Dios mío, Dios mío!)

CARLOS

¡Ah, Julia! ¿Por qué sustituyes con ese frío *usted*, aquel delicioso tuteo que hacía más cariñosas nuestras palabras en los primeros años de la existencia?

JULIA

¿A qué recordarlos?

CARLOS

Sólo contaba yo dos o tres años más que tú y parecíamos gemelos en nuestro carácter y aficiones inocentes.

JULIA

Es verdad.

CARLOS

Después he recordado con placer aquellas horas...

JULIA

Conviene olvidarlas.

CARLOS

Así, cuando la ausencia me reveló que te amaba, hallé en mi corazón tus nobles ideas y elevados sentimientos. Tu imagen estaba allí para realzarlos.

JULIA

¡Ah!

CARLOS

Eras niña cuando los expresabas; pero superiores aquellos a tu edad, hallaron eco después en mi corazón de hombre; ellos me enseñaron a estimar el bien y a amar lo bello, y tú como el ángel de mi guarda, me has salvado de los escollos de la juventud en un mundo tempestuoso. ¿Qué mucho, pues, que al verte de nuevo, al hallarte tan bella, tan adorable, mi amor haya crecido? Julia, encantadora Julia, fuiste el ángel de mi consuelo durante la ausencia, sé el ángel de mi felicidad durante mi vida.

JULIA

Es verdad: la ausencia despierta a veces sentimientos que dormían ignorados en el corazón. Ella ha cambiado en tristeza nuestras horas de alegría; nuestra paz en áridos temores.

CARLOS

Temores infundados.

JULIA

Usted debe sólo ver en mí la amiga de la niñez, si no quiere considerar lo que todo el mundo: una mujer cuya condición abre un abismo entre los dos.

CARLOS

Yo anularé semejante abismo.

JULIA

Acaso por haber visitado usted países en que, según se cuenta, no existen ciertas preocupaciones, no las tiene usted.

CARLOS

Eso basta.

JULIA

Aun cuando no fuese usted heredero de un título y de un nombre ilustre, sería siempre lo que en nuestro país se juzga superior a lo que yo soy.

CARLOS

¿Qué importa nuestro país?

JULIA

Olvide usted, pues, como el sueño de un cielo perdido, las dulces memorias de que me habla; evite usted que aquel cielo se trueque en infierno, y que sea yo ingrata a los favores que desde la cuna recibí de su buena madre; favores que se convertirían en odio contra mí.

CARLOS

¿Ella odiarte?

JULIA

¡Ah! Usted no me ama tanto como dice: usted quiere que mi bienhechora me dé en rostro con mi triste condición.

CARLOS

Yo lo impediré.

JULIA

Ella lo haría si sospechase.

CARLOS

No lo sospechará.

JULIA

En general los de mi clase, la niegan o la disimulan; yo no la publico, pero Dios me ha dado una compensación: la conformidad, y por eso manifiesto mi condición sin humillarme.

CARLOS

¿Y quién podría humillarte? ¿Por qué me hablas de eso ahora?

JULIA

Recuerdo más de una vez mi condición para que usted no la olvide.

CARLOS

¡Qué ironía!

JULIA

No hay sarcasmo en mis palabras.

CARLOS

No sientes lo que ellas dicen.

JULIA

Renuncie usted a pretensiones que no debo escuchar, y si no pude evitar esta conferencia, le ruego que sea la última.

CARLOS

Pero Julia, tú me amas; una sola vez, dímelo...

JULIA

No, imposible.

CARLOS

¡Ah! Si tus ojos, si tus miradas no me lo revelasen, mi propio corazón al escucharte, me diría que soy amado.

JULIA

Usted lo presume.

CARLOS

Pero no basta; necesito que tu labio lo confirme.

CONDESA

(Dentro.) ¡Julia, Julia!

JULIA

(Asustada.) ¡La señora! Huya usted, por Dios.

CARLOS

Es vana tu repulsa.

JULIA

Que no nos halle juntos aquí.

CARLOS

Me amas, ¿no es cierto?

JULIA

No, imposible... Váyase usted,

CARLOS

Pero...

JULIA

He dicho que no puede ser.

CARLOS

No, mentira; tú me amas.

CONDESA

(Dentro.) ¡Julia!

JULIA

Como usted quiera; pero váyase usted, Carlos, o' todo se ha perdido.

CARLOS

Sí, sí, adiós. Hasta después.

Toma el sombrero y vase hacia la calle.

ESCENA VI

JULIA, LA CONDESA

CONDESA

Muchacha... ¡Tanto tardar para un simple recado! No me place ni está bien visto que permanezcas aquí en la habitación de Carlos más tiempo del regular.

JULIA

(Avergonzada.) Señora...

CONDESA

Te conozco y te hago justicia, pero no está bien. ¿Y Carlos?

JULIA

(Con turbación.) Ha salido.

CONDESA

Lo siento; precisamente cuando tengo que hablarle.

JULIA

Quizá volverá pronto.

CONDESA

Sin duda presintiendo el objeto con que le busco, evita mi presencia. Y hace mal en esquivar toda conversación conmigo, que siempre he sido para él madre cariñosa. ¿No es verdad?

JULIA

Ciertamente.

CONDESA

¡Renunciar a una boda que sólo ventajas puede ofrecerle! ¿Y por qué? Quizá por algún capricho. Julia, con sinceridad: ¿Sabes si alguna afección hacia otra?...

JULIA

Señora, de un tiempo acá se ha vuelto tan reservado... (¡Callar lo que podría ser una dicha confesar!)

CONDESA

Julia, nacida tú en esta casa, has sido tratada siempre con cariño y educada con el esmero de una señorita.

JULIA

¡Ah! Señora, mi gratitud no se ha desmentido jamás.

CONDESA

Lo sé, y por eso cuento con tu ayuda en una empresa sobrado interesante.

JULIA

(¿Qué pretenderá?)

CONDESA

¡Si comprendieses cuánto anhelo para mi hijo la tal boda! Presumo que será su dicha, y no omitiré medio alguno para realizarla. Entre él y tú existe la confianza que origina la común niñez; Carlos estima tu cordura y buenas prendas, y tus consejos no serían por él desatendidos.

JULIA

(¡Ah! ¡Temo comprender!)

CONDESA

Procura, pues, inquirir si el amor a otra mujer le impide ceder a mis prevenciones. Trata de persuadirle de que mi proyecto tiene por mira su conveniencia; persuádele.

JULIA

(Con sorpresa.) ¡Yo!... ¿Quién mejor que una madre podría hacerlo?

CONDESA

Así debiera ser; pero tú le inspiras quizá mayor confianza. Lo harás, ¿no es cierto?

JULIA

No me lisonjeo de conseguirlo.

CONDESA

Sí, dame palabra de que lo harás.

JULIA

(¡Ay de mí!) Señora...

CONDESA

Consientes, ¿no es así?

JULIA

Señora... no puedo ni debo negar a usted nada; pero...

CONDESA

Tratarás de convencerle de que no son miras codiciosas de mi parte. ¿Se lo dirás?

JULIA

Como nada me prometo alcanzar...

CONDESA

¡Qué! ¿Vacilas?

JULIA

Lo haré. (Aunque me cueste la vida.)

CONDESA

¡Oh! Gracias, Julia... A propósito, ahí está; déjame que le hable.

JULIA

(¡Cielos! No era bastante callar y resignarme, sino que debo abogar por otra.)

Vase.

ESCENA VII

CONDESA, CARLOS

CARLOS

(Entrando.) ¡Madre mía!

CONDESA

El cielo premie al hijo que complace a su madre.

CARLOS

¡Ah! Tiene usted un hijo muy desgraciado; un hijo que no puede siempre complacer a su madre.

CONDESA

De eso venía a tratar precisamente; de poner a prueba por última vez el cariño que siempre me has profesado.

CARLOS

Supongo que no dudará usted.

CONDESA

Concedo que antes no dudaba, pero desde hace algunos días...

CARLOS

¡Qué!

CONDESA

Preciso es que mi Carlos, que nunca tuvo una contradicción para mí, ame a otra persona más que a su madre...

CARLOS

¡Cómo!

CONDESA

Cuando se niega a su ruego, mandato debiera decir; pero no, yo no mando a mi hijo en esta ocasión, le ruego.

CARLOS

Veamos, madre: usted me ruega, ¿y por qué? Porque acepte un matrimonio ventajoso para mí.

CONDESA

Una buena madre sabe por instinto lo que más conviene a sus hijos.

CARLOS

El cariño puede alucinar a usted, madre mía.

CONDESA

La juventud es inexperta.

CARLOS

Conozco mi corazón: no podría ser feliz en el matrimonio sin el amor.

CONDESA

¡Quién sabe, Carlos! ¿Cuántos casamientos por amor no han sido desgraciados?

CARLOS

¿Y cuántos no han sido felices?

CONDESA

En la elección para el matrimonio debe presidir la razón, no las ilusiones.

CARLOS

Yo creo que el amor no debe ser desatendido.

CONDESA

Es lazo aquél indisoluble.

CARLOS

Por lo mismo.

CONDESA

El entendimiento debe consultarse.

CARLOS

Más el corazón.

CONDESA

Aquél es todo.

CARLOS

¿Y éste es nada?

CONDESA

Es ciego y suele extraviarse.

CARLOS

Permítame usted que no lo piense así.

CONDESA

Además, la novia que te propongo es bella.

CARLOS

La belleza del alma es preferible.

CONDESA

Es buena.

CARLOS

Muchas lo parecen: no es la soltería el crisol del matrimonio. Tampoco es Emilia un tesoro de inteligencia.

CONDESA

Pero tiene buena índole.

CARLOS

No es bastante.

CONDESA

Podrás formarla según tus opiniones.

CARLOS

Sí, una joven educada como la mayor parte, en la frivolidad.

CONDESA

Será dócil.

CARLOS

Si lo fuese. Mecida en los sueños de rica heredera, llevará consigo al matrimonio la soberbia y la presunción.

CONDESA

¿Cómo sabes eso?

CARLOS

Es de suponerse. Don Crispulo, su padre, no puede haberla dado otra educación. El olmo no da peras.

CONDESA

Exageras demasiado.

CARLOS

Sin duda será de aquellas a quienes un padre necio repite todos los días que valen mucho y que están destinadas, no a tener un marido, sino a comprar un esclavo.

CONDESA

Vamos, estás intransigente.

CARLOS

Se enfada usted y lo siento.

CONDESA

Con razón dudaba de tu cariño.

CARLOS

No, usted sabe que la amo y la respeto como merece; pero no puedo darla gusto en esta ocasión.

CONDESA

¿Para cuándo guardas la complacencia?

CARLOS

Permaneceré soltero; así podré consagrarme por completo a la ventura de usted.

CONDESA

¡Mi ventura! Está en tu casamiento con Emilia. Repito lo que sabes. (*Con misterio.*) Estamos casi arruinados; los restos de nuestros bienes, un día cuantiosos, están próximos al embargo. El padre de Emilia es uno de nuestros principales acreedores. A fuerza de ostentar ante sus ojos nuestra nobleza, el villano enriquecido se deslumbra y consiente en preferirte a muchos para yerno.

CARLOS

Ya lo veo, por desgracia.

CONDESA

A pesar de que no ignora el mal estado de nuestros intereses, hele hecho conocer que, con todo su dinero es Don Nadie, si no une su oro a lo que oro vale: la nobleza.

CARLOS

Pero...

CONDESA

He sido intrigante por mi hijo y por mí, porque no estoy dispuesta a verme despreciada en la vejez, cuando he sido rica y espléndida toda mi vida.

CARLOS

¡Y quiere usted sacrificarme!

CONDESA

(*Sin oírle.*) No daré de buen grado semejante gusto a los que me envidiaron hasta ahora. (*Pausa.*) ¡Y si nos quedase siquiera una posición modesta! Pero la humillación, la miseria...

CARLOS

No, eso no; trabajaré noche y día para usted. Ejerceré mi profesión de médico; tengo poderosa voluntad, y lograré que pueda usted vivir holgadamente.

CONDESA

Gracias, gracias; pero no me satisface.

CARLOS

Ya ve usted que la miseria no debe intimidarla.

CONDESA

Insisto en que amas a otra.

CARLOS

¡Qué dice usted! (¡Qué! ¿Sabrá?...)

CONDESA

Sientes alguna pasión que me ocultas.

CARLOS

No acierto a explicarme...

CONDESA

Jamás daré mi aprobación a frívolos caprichos.

CARLOS

¡Caprichos!

ESCENA VIII

Dichos, JULIA

JULIA

Señora.

CONDESA

Qué es...

JULIA

El abogado quiere hablar a usted con urgencia.

CONDESA

Ya has oído: seré intransigente con toda locura de tu parte.

CARLOS

Señora...

Va a besarle la mano y ella la retira.

CONDESA

(A JULIA.) Te dejo con él algunos instantes. Cúmpleme tu promesa.

JULIA

Bien está, señora.

ESCENA IX

CARLOS, JULIA

JULIA

¿La señora ha hablado a usted de lo que yo presumía?

CARLOS

Sí, pero no he querido aceptar. Insiste en suponer que el amor a alguna otra es causa de mi repulsa; tal vez sospecha la verdad y lo temo.

JULIA

¿Se ha negado usted?

CARLOS

¿Y tú me lo preguntas?

JULIA

Ha hecho usted mal.

CARLOS

Qué, ¿desapruebas mi repulsa?

JULIA

Debo persuadir a usted que acepte.

CARLOS

¿Qué escucho?

JULIA

Creo que la boda labrará su ventura.

CARLOS

No te comprendo, Julia; pero lo que dices me hiere el corazón; explícate por piedad.

JULIA

(¡Cielos, dame fuerzas! Mi deber, mi gratitud lo exigen. ¡Estoy resuelta!) Debe usted casarse; seré muy dichosa si lo hace.

CARLOS

¿Dichosa tú?

JULIA

¿Quién lo duda? ¿No ve usted que estoy contenta?

CARLOS

Te burlas de mí, y esa burla es un martirio.

JULIA

(Insistamos; ¡destrózate, alma mía!) Seré dichosa, porque así terminará su loca pretensión. También será usted feliz.

CARLOS

¡Oh! Sí, mucho.

JULIA

Las dulzuras del matrimonio con una joven rica y bella, porque su futura lo es, ¿no es verdad?, acabarán por borrar de su mente el infundado capricho que he tenido la desgracia de inspirarle.

CARLOS

¡Capricho! ¿Qué estás diciendo?

JULIA

¿Qué otra cosa pudiera ser? Desengáñese usted amigo mío; usted no puede sentir por mí más que un capricho pasajero.

CARLOS

¿Pero qué estás diciendo?

JULIA

En cambio, la persona que le señalan se halla en otro caso, pues su condición social es muy distinta, y ofrece garantías que un enlace desigual no podría brindar a usted.

CARLOS

(Con ironía.) ¡Bien, muy bien!

JULIA

Además, su señora madre quiere la felicidad de usted, la espera de dicho matrimonio, y creo que el cariño maternal no puede aconsejar a usted un disparate. (¡Ah! No puedo más.)

CARLOS

Calla, calla por el cielo.

JULIA

Por lo que hace a mí, no sería justo que trastornase los proyectos de mi bienhechora, y sólo me es dado aspirar a quien no tenga que ruborizarse por haberme amado. (Sí, soledad y muerte deben ser mi único consorcio.)

CARLOS

¿Pero a qué objeciones tan inoportunas? Si tú me amas, si yo estoy dispuesto a sacrificarlo todo por ti, ¿por qué ponerte ahora de parte de mi madre para darme consejos que rechazo? Cesa, pues, de atormentarme y no trates de oponerte a lo que está resuelto. Deja que triunfe un destino tan grato para mí: el de ser tu esposo, en otros países a donde no alcanzan las ruines preocupaciones del color y de razas que aquí nos mortifican.

JULIA

Pero aquí imperan y aquí vivimos.

CARLOS

¿Qué importa lo que piense de nosotros una sociedad que te denigra, a ti, que debiera considerar por tus bellas prendas, y que eres para mí de más precio que una reina? ¿Es este pobre país todo el universo?

JULIA

Por desgracia lo es hoy para nosotros.

CARLOS

Grande es el mundo y en él caben muy bien dos corazones generosos y puros que buscan y tienen derecho a la felicidad.

JULIA

¡Ah!

CARLOS

No, no ha de faltar a dos pobres hijos de Dios un lugar en su inmensa obra, para amarle, amándose, y para bendecirle con voz agradecida.

JULIA

No, Carlos, no debe ser. (Acudamos a otro medio. ¡Dios mío, Dios mío! Debo hacer cuanto sea dable por persuadirle.) No debe, ni puede ser.

CARLOS

Sí será.

JULIA

¿Y qué es eso de amarme sin saber si me es lícito escuchar sus votos? ¿Sabe usted si me pertenezco?

CARLOS

Sin embargo, hace poco, cuando mi madre nos interrumpió, me dijiste que me amabas.

JULIA

¿He podido decir tal cosa?

CARLOS

Vamos, el lance es inaudito.

JULIA

¡Ah! ¿Qué quería usted que hiciese? Estaba usted tan exigente, la señora iba a sorprender nuestra conversación, y dije a usted lo que no sentía... Sí, lo que no podía menos de decir para salir del apuro... (¡Quisiera morir en este instante!)

CARLOS

¡Cómo! ¡Qué oigo!

JULIA

Lo que no debía sentir, ni mucho menos confesar.

CARLOS

¿Eso dices? ¡Qué infamia! ¡Oh! Te engañas, Julia; quieres atormentarme por gusto. Te suplico que cese tan horrible chanza.

JULIA

Oígame usted. (Estoy obligada y debo cumplir. Vaya, pues, y que Dios tenga piedad de mí.)

CARLOS

¿Qué piensas?... Habla, por Dios.

JULIA

No puedo ser de usted jamás; ya he dicho que no me pertenezco.

CARLOS

¡No comprendo!

JULIA

Pues compréndalo usted, y no me importune más; sería inútil. Estoy enamorada de otro.

CARLOS

¡Qué dices!

JULIA

Suplico a usted que no me hable más de amor; no me es lícito escucharle sin faltar a la fe jurada.

CARLOS

Entonces...

JULIA

(Con afectada firmeza.) Basta, por Dios. (¡Cielos, ténmelo en cuenta! ¿Qué más exiges de mí?)

ESCENA X

Dichos, LA CONDESA

CONDESA

Hijo mío, entérate de eso.

Le da un papel.

CARLOS

Madre, por piedad...

CONDESA

Sí, lee.

CARLOS

¿Qué quiere decir esto? Mi cabeza no está para comprender, ni para discurrir, ni para nada.

CONDESA

La ejecución de nuestro mejor ingenio; lo único libre que nos quedaba.

CARLOS

¿Y qué me importa la fortuna?

CONDESA

Pues bien: renunciaré mi título, el nombre de una antigua familia. No seré yo quien lleve un título sin rentas. ¡Y ser en mí en quien deba morir un nombre benemérito! Daré gusto a mi hijo aun a costa de mi sonrojo. ¡Todo será por Dios... sea lo que quieras, hijo mío!

CARLOS

(Indeciso.) Madre... (Acercándose a JULIA.) Julia, una palabra.

JULIA

Debe usted casarse; no puedo amarle.

CARLOS

Pero...

JULIA

Ya lo dije... amo a otro, soy de otro.

CARLOS

¡Qué escucho!

JULIA

Me fuerza usted a decirlo: no seré de usted jamás.

CONDESA

¿Qué ocurre?

JULIA

(A CARLOS.) ¡Por Dios, silencio!

CARLOS

(Con fría desesperación.) Señora... estoy resuelto.

CONDESA

¡Qué!

CARLOS

Me casaré.

CONDESA

(Abrazándole.) Gracias, hijo mío, gracias.

JULIA

(Apoyándose de una silla.) ¡Ay de mí!

CAE EL TELON

SEGUNDO ACTO

Sala en casa de la CONDESA, formada por telón de arcos. El paso entre éste y el de fondo conduce del exterior, que se supone a la derecha del actor, al interior de la casa, que se supone a la izquierda. De este lado y cerca del proscenio una puerta; a la derecha un balcón o ventana en segundo término. Mesa con libros y recado de escribir a la derecha del actor; a la izquierda, un sofá.

ESCENA I

JULIA (*sentada leyendo*)

JULIA

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» (*Deja de leer.*) ¡Ah! ¡quién tuviera en el alma la serenidad con que el divino profeta de Nazareth emitía estas palabras! «¡Los que lloran serán consolados!» Quizá no soy digna de consuelo, pues en vano le busco. ¡Libro afectuoso, mi único amigo en esta soledad de mi existencia! Tus dulces palabras serían bálsamo eficaz para mi alma, si su herida no fuese incurable. Hoy es día decisivo para mí. En breve llegarán ella y don Crispulo. La Condesa, deseosa de obsequiarles, ha insistido en que la exploración de las voluntades se verifique aquí y no en casa de la novia, según costumbre: esto

aumentará mi tormento. Ojalá que pueda yo tener la serenidad y firmeza que necesito y de que empiezo a carecer. ¡Ah! ¡si pudiese abandonar esta casa!

ESCENA II

JULIA, D. CRÍSPULO, EMILIA

CRÍSPULO

Buenas noches, muchacha. Mi señora la condesa...

EMILIA

(Con desdén.) Adiós...

JULIA

Sírvanse ustedes tomar asiento; no tardará en venir, voy a avisarla. (¡Tan orgullosa!)

Vase.

ESCENA III

D. CRÍSPULO, EMILIA

CRÍSPULO

Graciosa muchacha es esta Julia, pero un poco malcriada; trata a todo el mundo como si fuera su igual. Ya se ve: ¡la condesa la tiene tan consentida!

EMILIA

¿Graciosa dice usted, papá? En su clase no diré que no; aunque pretende vestir y darse el tono y maneras de señorita, siempre se trasluce su condición.

CRÍSPULO

En eso no estamos de acuerdo: es casi blanca o lo parece, es bonita, fina y elegante; si no supiésemos que es hija de una mulata esclava, según se dice, tal vez la admitiríamos como a otros que tratan de disimular su origen entre las personas bien nacidas.

EMILIA

Algo da el roce con su señora y algo toma de las gentes con quienes aquélla se trata. Y en verdad que hace muy mal la condesa en imponerla a sus conocidos. Por poco, a no haberla mirado con el desdén que merece... ¡qué sé yo! Creo que se hubiese atrevido a darme la mano.

CRÍSPULO

Emilia, es necesario tener un poco de indulgencia, no por ella precisamente, sino por la condesa, que pronto será tu suegra.

EMILIA

No transijo con mulatas.

CRÍSPULO

La muchacha es crianza suya, como suele decirse, y la quiere y estima, habiéndola educado cual si fuera una joven decente; forzoso es no disgustar a una señora tan principal, mostrando repugnancia hacia su obra.

EMILIA

Con tal que esa muchacha no pretenda emparejarse... Además, no veo que tengamos que adular tanto a la condesa; no somos tan pobretones. Al paso que ella...

CRÍSPULO

No está muy boyante que digamos.

EMILIA

Si su hijo lleva un título, yo llevaré lo que acaso tenga que envidiarnos. Ni yo estoy tan descontenta de mi mérito: cada cual lo suyo.

CRÍSPULO

Pero enlazarte con un apellido como el suyo vale algo.

EMILIA

Yo creo que no tanto como para aceptarlo sin condiciones.

CRÍSPULO

Pero eso de que tus hijos puedan ser parientes del rey que rabió...

EMILIA

¡Vaya!

CRÍSPULO

La condesa me dijo el otro día que tiene qué sé yo cuantos abuelos.

EMILIA

¡Toma! Abuelos los tiene todo el mundo.

CRÍSPULO

Pero no conocidos. ¿Sé yo por ventura quienes fueron los primeros de mi apellido que hubo en el mundo?

EMILIA

¿Y qué falta le hace eso? Llamarse condesa es algo, pero lo de adquirir genealogías, usted mismo me ha dicho que es muy fácil.

CRÍSPULO

No, señora. El mundo burlón distingue las legítimas de las supuestas, y por lo tanto aquéllas son preferibles. Tales cosas, aunque nada valen en apariencia, no dejan de darle a uno cierta importancia y son más positivas de lo que se piensa.

EMILIA

Verdad es que muchos afectan desdeñarlas y las buscan.

CRÍSPULO

Yo soy más franco. Cuando comencé a tener dinero, creía que el oro era lo mejor del mundo; pero luego que lo tuve en abundancia, me pareció que necesitaba otra cosa para hacerlo valer. Es singular: al oro sienta bien el oropel.

EMILIA

No lo creo, papá.

CRÍSPULO

Yo tengo que *encondarme* o *enmarquesarme* para que olviden que vine a América como polizón.

EMILIA

¡Jesús, papá, qué cosas dice usted!

CRÍSPULO

Además, quiero que puedas pavonearte llamándote condesa.

EMILIA

Pero, papá, ¿no podría yo serlo con tanto dinero como tiene usted para conseguirlo, sin recurrir a un casamiento? A la verdad, me hallo muy bien soltera.

CRÍSPULO

No conviene.

EMILIA

¡Es un gusto tener varios pretendientes que adulan, que ruegan, que la dicen a una tantas cosas agradables, haciéndose pedazos por complacerla, porque acepte de sus manos un ramillete, o baile con ellos una danza!

CRÍSPULO

Repito que no conviene.

EMILIA

Y luego tener el gusto de hacerles esperar o de lanzarles un *no* que les desconsuele... ¡ya! en casándome, todo esto se acabará.

CRÍSPULO

Nada de eso está bien, señorita. En cuanto a mí, pudiera hacerme conde de *Bemba* o marqués de la *Macagua*, pero son solares muy nuevos y hasta oscuros; y como todos en La Habana me conocen por don Crispulo, sucedería que el llamarme conde de *Bemba*, por ejemplo, ¿quién es él?, preguntarían. Hombre, ¿quién va a ser? Don Crispulo; teniendo al fin que firmar para ser reconocido: El conde de Bemba (alias) don Crispulo. ¡Buena se armaría entonces en el muelle y en otros puntos de la ciudad donde soy tan conocido! Luego tú al llamarte por herencia la condesita de Bemba...

EMILIA

¡Uf! ¡Qué título!

CRÍSPULO

Otros hay peores. Te verías expuesta a que añadieran: la hija de don Crispulo; y eso de don Crispulo a secas es cosa intolerable. No, hija mía; quiero dejar de ser el villano enriquecido; quisiera ser llamado Conde de la Edad Media, o qué sé yo, como dice la condesa tu futura suegra.

EMILIA

Yo lo decía, porque me place mucho estar en aptitud de elegir... y luego, como soy rica tengo de sobra ocasión para hacerlo cuando y como quiera.

CRÍSPULO

No es tan fácil.

EMILIA

Será así para las que no tienen sobre qué caerse muertas.

CRÍSPULO

Para todas.

EMILIA

No, papá, no estoy en ese caso.

CRÍSPULO

Todas las mujeres lo están.

EMILIA

¿Yo también?

CRÍSPULO

También; bueno es lo seguro.

EMILIA

Papá, usted me ofende.

CRÍSPULO

Nada de eso.

EMILIA

Usted supone que yo no tengo mérito suficiente.

CRÍSPULO

¿Quién ha dicho tal?

EMILIA

Cuando todo el mundo me halaga y me dicen cuantos me conocen que soy bonita, que soy adorable.

CRÍSPULO

Te adulan porque quieren tu dinero, y éste puede perderse.

EMILIA

Papá, está usted muy cruel conmigo, muy tirano.

CRÍSPULO

La verdad en medio de todo.

EMILIA

Pues yo no quiero que me la digan. No puedo sufrirla, no quiero.

Llora.

CRÍSPULO

Pero muchacha...

EMILIA

Nada: usted no quiere a su hija cuando así la trata.

CRÍSPULO

¿Que no te quiero?

EMILIA

No señor...

CRÍSPULO

Pero calla, por Dios, que viene la condesa. (Será lo que tú quieras.)

ESCENA IV

Dichos, LA CONDESA

CONDESA

Buenas noches, señor don Crispulo; adiós, Emilia.

EMILIA

Señora...

CRÍSPULO

Beso los pies de mi señora la condesa.

CONDESA

Tomen ustedes asiento. Habrá que aguardar un poco, pues no han venido aún los de la curia.

CRÍSPULO

¿Conque vamos a ser, como quien dice, hermanos?

CONDESA

(Sonrojada.) Así parece.

CRÍSPULO

¡Oh, señora, cuánta es mi satisfacción! ¡Ver la nobleza de la sangre y la del dinero enlazadas en nuestros hijos!

CONDESA

No muestra Emilia la misma satisfacción; por lo menos, guarda silencio.

CRÍSPULO

Quien calla otorga.

EMILIA

Repito lo que dije hace poco a mi papá: que por muy halagüeño que me parezca el matrimonio, siento perder la libertad a que estoy acostumbrada.

CONDESA

¿Y por qué habría usted de perderla?

EMILIA

Cuando una está acostumbrada a hacer su gusto, porque papá es tan bueno que me ha dejado hacer siempre mi voluntad, teme una que el marido que se la propone no piense del mismo modo.

CRÍSPULO

Todo lo hace una buena elección.

EMILIA

Eso, como usted comprenderá, es natural que me inspire alguna desconfianza, y que el casamiento se mire por una joven como yo, con cierta prevención desfavorable.

CONDESA

En tal caso, Emilia, puede usted estar satisfecha. Mi hijo es sobrado leal y generoso para tiranizar a la que lleve su nombre: respondo de él en este concepto como en lo demás. Creo por tanto, que llegaréis a ser muy dichosos y que su papá y yo no tendremos que arrepentirnos de haber promovido vuestro enlace; así me lo prometo.

CRÍSPULO

La señora condesa tiene razón. ¿No es verdad, hija mía?

EMILIA

(Como distraída.) Sí...

ESCENA V

Dichos, JULIA y luego CARLOS

JULIA

Señora, el notario eclesiástico y los testigos aguardan en el salón.

CONDESA

¿Oyen ustedes? Llegó el momento de tomar los dichos a los novios. Es trámite de costumbre. He suplicado a ustedes me permitiesen verificar esta ceremonia en casa, con el fin de

obsequiarles con una corta fiesta que deseo sea de su gusto. Y Carlos, ¿dónde está?

CRÍSPULO

Véale usted.

CARLOS

(Saliendo.) ¡Valor, sostén mi cuerpo!

JULIA

(¡Dios mío! Ya que aceptas mi sacrificio, dadme las fuerzas necesarias para cumplirlo.)

CRÍSPULO

Bienvenido el novio.

CARLOS

(Saluda con frialdad.) Señorita...

EMILIA

(Idem.) Adiós, Carlos.

CONDESA

Carlos, el brazo a tu novia. (Animo, por Dios.) Pasemos al salón.

CRÍSPULO

(Dándole el brazo.) Señora Condesa...

Vanse todos menos JULIA.

ESCENA VI

JULIA, sola

JULIA

¡No se aman y van a unirse! El sí que van a pronunciar es una blasfemia. ¡En mis labios y en los de Carlos sería una

verdad que nos abriría en la tierra un paraíso! Cuando pienso que podría decir a esa joven altanera: «Un puesto que sólo el amor debe dar, no pertenece a usted; usted es indigna de estrechar esa mano. Ese hombre tampoco le pertenece, porque ama a otra, porque me ama, sí, a mí, y porque yo le idolatro. Usted con toda su soberbia no es capaz de comprender ni estimar ese tesoro. Ese tesoro pertenece a la pobre mujer que usted desprecia, pero que tiene más derecho que usted al puesto que fríamente le ha robado. Escuche usted, mujer vanidosa y yerta como el egoísmo. ¿Quiere usted hacer la prueba? Pronuncie el nombre de Julia a los oídos de ese hombre, y verá como palpita su corazón.» ¡Ah! Sí, debe abrazarse al oír este nombre, como se abraza el mío en estos momentos; sólo que él podrá tal vez disimularlo, y yo estoy a punto de morir. No, no puedo más. No debo dejar que el ingrato me inmole así. ¿Ingrato él cuando sólo aguardaba mi respuesta para ser mío toda la vida? ¡Ah! La ingrata soy yo; ¡pero soy tan desgraciada! Debo ir a impedir un enlace que me asesina, y después... después moriré; pero mi muerte le dejaría desolado y triste; yo quisiera que fuese feliz... ¡Dios mío, Dios mío! Serena mi frente, mi cabeza, porque voy a volverme loca. Viendo él, quizá llegaría a amarla... No, no; estoy resuelta: debo impedir tan sacrilego enlace; que viva y ame a quien yo no conozca, cuando yo lo ignore y no pueda estorbarlo... Sí, sí, voy a impedirlo, y sea lo que Dios quiera.

Va a salir y se detiene al ver a LUIS que viene de la calle.

ESCENA VII

JULIA, LUIS

JULIA

¡Ah!

LUIS

Dígame usted... Carlos...

JULIA

Está... no sé... ¡ah!

Se oprime las sienes en actitud desesperada.

LUIS

¿Qué tiene usted? Está usted muy conmovida; tranquilícese usted.

JULIA, muda de dolor y desesperación, le muestra con un conternado ademán a CARLOS y EMILIA que salen del brazo y seguidos de D. CRÍSPULO y la CONDESA. Vase con precipitación por la izquierda.

LUIS

La turbación de esa joven, la repugnancia de Carlos hacia la boda... Vamos, aquí hay gato encerrado.

ESCENA VIII

LUIS, LA CONDESA, D. CRÍSPULO, EMILIA, CARLOS

CRÍSPULO

En mi vida he visto novios tan fríos; puede decirse que se aman con la más completa indiferencia.

CONDESA

Se comprende: la turbación del momento.

CARLOS

Hola, Luis, ¿qué traes de nuevo? (A CRÍSPULO y EMILIA.) Mi amigo Don Luis de Robles.

Sitúanse los interlocutores del modo siguiente: la CONDESA y D. CRÍSPULO sentados en el sofá, conversan entre sí. EMILIA, sentada junto al velador que habrá al otro extremo, se entretiene en hojear un álbum. CARLOS permanece de pie en el centro de la escena siguiendo el movimiento del diálogo.

EMILIA

(¡Calla! Es mi enamorado incógnito.)

LUIS

(Después de saludar a todos en general, se dirige a CARLOS.)
¿Al fin te has resuelto?

CARLOS

¿Qué quieres? Pero no me hables de eso.

LUIS

Insisto porque me parece que no estás contento.

CRÍSPULO

(A la CONDESA indicando una condecoración que él lleva en el pecho.) Me la consiguió un amigo de Madrid; por cierto que bien cara me cuesta. No es esto decir que me deje llevar mucho de estos colgajos, pero ya comprenderá usted que suelen ser convenientes.

CONDESA

(Así dicen todos.)

LUIS

(A CARLOS.) ¡Qué escucho! ¿Según eso, te alegrarías de que el casamiento no se verificase?

CARLOS

Cuidado, que pueden oírte.

EMILIA

(Dejando en la mesa el álbum.) (¡Jesús, qué fastidio! Y ese joven es amigo de Carlos. ¿Qué se dirán?)

LUIS

(Reflexionando.) (¡Un nuevo capricho de la novia produciría tal vez su resistencia al pactado himeneo; retrocediendo

ella, tendría Carlos ocasión de hacer lo propio. En ello, el beneficio lo recibiríamos ambos; creo que puedo proceder sin ofender a mi amigo. Vamos allá.)

Se dirige a EMILIA y saluda.

EMILIA

Caballero, tengo mucho gusto... (Me parece todavía más simpático de cerca.)

CONDESA

¡Qué hace Luis!

CRÍSPULO

¿Señora, no me oye usted?

CONDESA

¡Ah! Sí, señor: decía usted que se promete un asiento en el Senado. (¡Qué hablarán esos muchachos! Si vendrá el tonto de Luis a entorpecer...)

LUIS

Observo que el novio está algo caviloso y como intranquilo: no es así como debe mostrarse un hombre tan dichoso.

EMILIA

¡Dichoso! ¿Qué dice usted?

CARLOS, que desde que presentó a LUIS se ha mantenido paseando por el fondo como pensativo, al ver que la CONDESA trata de hablarle, se acerca a ella por el lado opuesto a CRÍSPULO.

CONDESA

(A CARLOS.) ¿Por qué abandonas tu puesto?

CARLOS

Déjeles usted, señora. Están más a gusto que si yo les interrumpiera. Además, no debo desde ahora darla de celoso.

CONDESA

Pero tu indiferencia no es oportuna.

CARLOS se acerca a los jóvenes y al poco se retira.

EMILIA

(A LUIS.) Obsérvela usted bien cuando la vea de cerca: la mezcla de sangre tiene señales infalibles. Usted me dirá, que por qué soy tan severa con ella, cuando hay tantos y tantas de su estofa en nuestra buena sociedad, que pasan por lo que no son; pero usted comprenderá que los tales, por lo menos, ya están admitidos.

LUIS

(Cualquiera diría que esta Emilia no tiene nada que echarse en cara en la materia; pero eso, ¿quién lo sabe? No será ella por cierto quien lo revele.)

CONDESA

Sí, don Crispulo, estoy con usted en lo que me cuenta: esos nobles de ayer son insufribles, al paso que la gente de cuño viejo es más tratable. Ya se ve: en éstos es natural lo que en los otros artificio. Sobre todo los *alias* de que ya hemos hablado... Sí, porque más bien parecen apodos que títulos.

EMILIA

En verdad que si por algo consentiré en casarme, será por hacer que mi marido me lleve a viajar, a París sobre todo; ¡qué hermoso debe ser!

CARLOS que ha vuelto a acercarse a LUIS y EMILIA, oye esto último.

LUIS

¡Oh, oh!

CONDESA

(Poniéndose de pie.) (Tiempo es ya de interrumpir la conversación de aquellos niños.) Vamos, pronto sonará la orquesta. (Al ver que algunos caballeros y señoras pasan por el foro

con dirección al salón.) Ya los convidados inundan el salón. He querido festejar a los novios con un poco de música y baile, no tanto porque me place celebrar este día, cuanto para que vean ambos que no soy intolerante con los placeres de la juventud. Todo va a ser alegría. (Se oye una orquesta que toca danza criolla.) A propósito, ya tocan la danza.

EMILIA

¡Ah! ¡Qué bueno!

LUIS

¡Qué oigo! Esta danza es ¿para quién?

CONDESA

Carlos, la primera es de rigor.

CARLOS

Sí, señora, haré lo que usted ordene. (Estoy hecho un autó-mata.) Emilia...

Invitándola.

EMILIA

(A LUIS, indicándole a CARLOS con pesar mal disimulado.) Ya usted ve. Bailaremos la segunda.

LUIS

(En alto.) Muy bien. (A EMILIA.) Va a parecerme demasiado larga. (Esto va en popa, y no pierdo la esperanza. ¡Dirá Carlos que no sirvo para nada! En este terreno le desafío. Que venga aquí con sus libroles y su juicio. ¡Bah, bah, bah!)

Vase tras la pareja.

CONDESA

Vamos también.

CRÍSPULO

Los que ya no bailamos... En fin, buscaré a don Serafino y jugaremos al tresillo.

Vase dando el brazo a la CONDESA.

ESCENA IX

JULIA, luego JORGE

JULIA

(*Saliendo por la puerta de la izquierda.*) ¡Se van a bailar! Ellas tienen galanes, amigas, y yo... no tengo una sola amiga, y el que podría ser para mí otra cosa más grata, acaba de serme robado.

JORGE

(*Con librea de gala.*) ¡Cómo Julia! ¿Qué haces por aquí? ¡Ah! ¿Qué cara tienes tan demudada! Tú sufres: cuéntame. Sabes que si ellos te rechazan, yo soy tu amigo. ¡Pobre Julia! ¡Si supiesen que a pesar de tu clase, podrías ir y decirles tantas cosas! Cosas que harían temblar a alguno de los que se están divirtiendo en ese salón. Mi señora no ha debido ocultártelo tanto tiempo; pero ella calla, y yo debo también callar: guardaré silencio... Además, no sé si mis palabras te harían más desgraciada.

JULIA

¿Qué dices, Jorge? No te entiendo.

JORGE

Es una historia que cada vez que te veo triste, y sobre todo, cuando comprendo por qué lo estás, viene a mi memoria. Pero se acerca mi amito, y voy a servir a los blancos. Ea, Jorge, cierra la boca y a tu obligación.

Vase hacia el salón de baile.

ESCENA X

JULIA, CARLOS

CARLOS

(*Sin ver a JULIA.*) He endosado a Luis el resto de la danza, y vengo huyendo de ese salón en donde todo es tedio para mí... ¡Qué veo! ¡Julia!

JULIA

¡Carlos! ¿Estaba usted tan mal en el baile, que así abandona a su pareja? ¿Cuánto mejor no se pasa allí? Se baila, se goza, se ama tal vez (en tanto que aquí se sufre, se llora).

CARLOS

Tú lo has querido... pero estás conmovida, sufres demasiado. Dices que allí se ama. ¿Quién? ¿Yo, por ventura? ¿No has tenido la crueldad de decirme que amas a otro? ¡Oh! no lo puedo creer. Dime que has mentido para obligarme a obedecer a mi madre.

JULIA

¡Oh!

CARLOS

Sí, has mentido, porque tú no puedes amar a otro que a mí. ¿No es verdad que no amas a otro? ¿Que es a mí a quien amas?

JULIA

Dios no lo quiere así.

CARLOS

¡Dios, Dios! Él nos ha puesto juntos en la misma senda. Los hombres, son los hombres los que pretenden separarnos. Dios quiere la fraternidad entre sus hijos. Él no ha creado las preocupaciones sociales: Él las combate con sus leyes de amor.

JULIA

¡Ah! Carlos, huya usted de mí; piedad le pide mi corazón.

CARLOS

¿Piedad de ti? Pídeme amor.

JULIA

¡Carlos, Carlos!

CARLOS

Pero tu acento, tus miradas, tu corazón te venden, ¡ah! Si no me amas, dímelo de otro modo para que lo crea.

JULIA

(¡Qué lucha, Dios mío!) Por Dios, que van a encontrarnos aquí... Hágalo usted por mí...

CARLOS

Por ti, sí; por ti hasta mi vida, hasta mi felicidad.

JULIA

No, tal felicidad sería un remordimiento para mí. Y luego, acaso algún día, su familia odiándome por haber amado a usted, viéndome como la mancha de su nombre... sufrir su desprecio... ¡Ah! ¡No! Y usted tal vez entonces...

CARLOS

Yo... ¿qué?

JULIA

Usted participando de su desdén, de mi oprobio, de mi remordimiento...

CARLOS

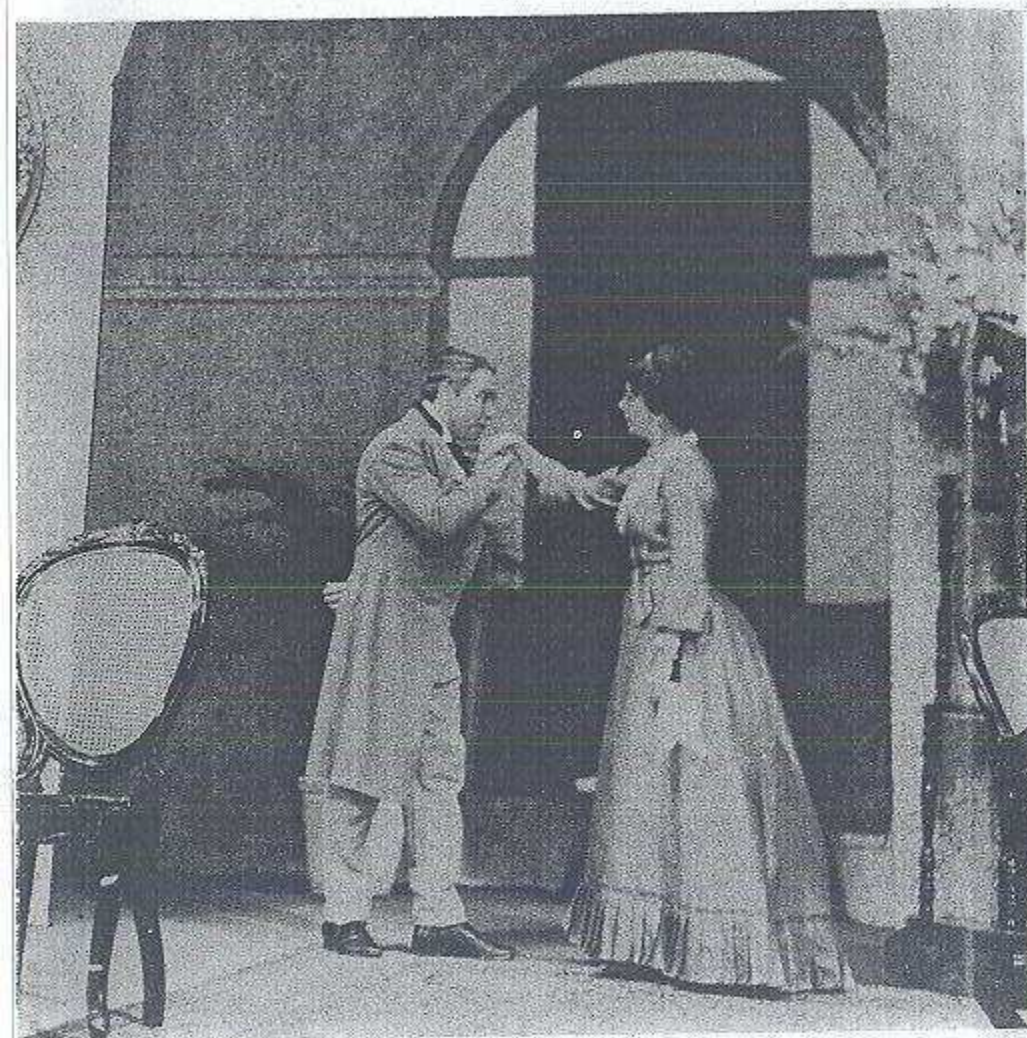
Julia, estás loca; ¿qué prefieres, qué pretendes?

JULIA

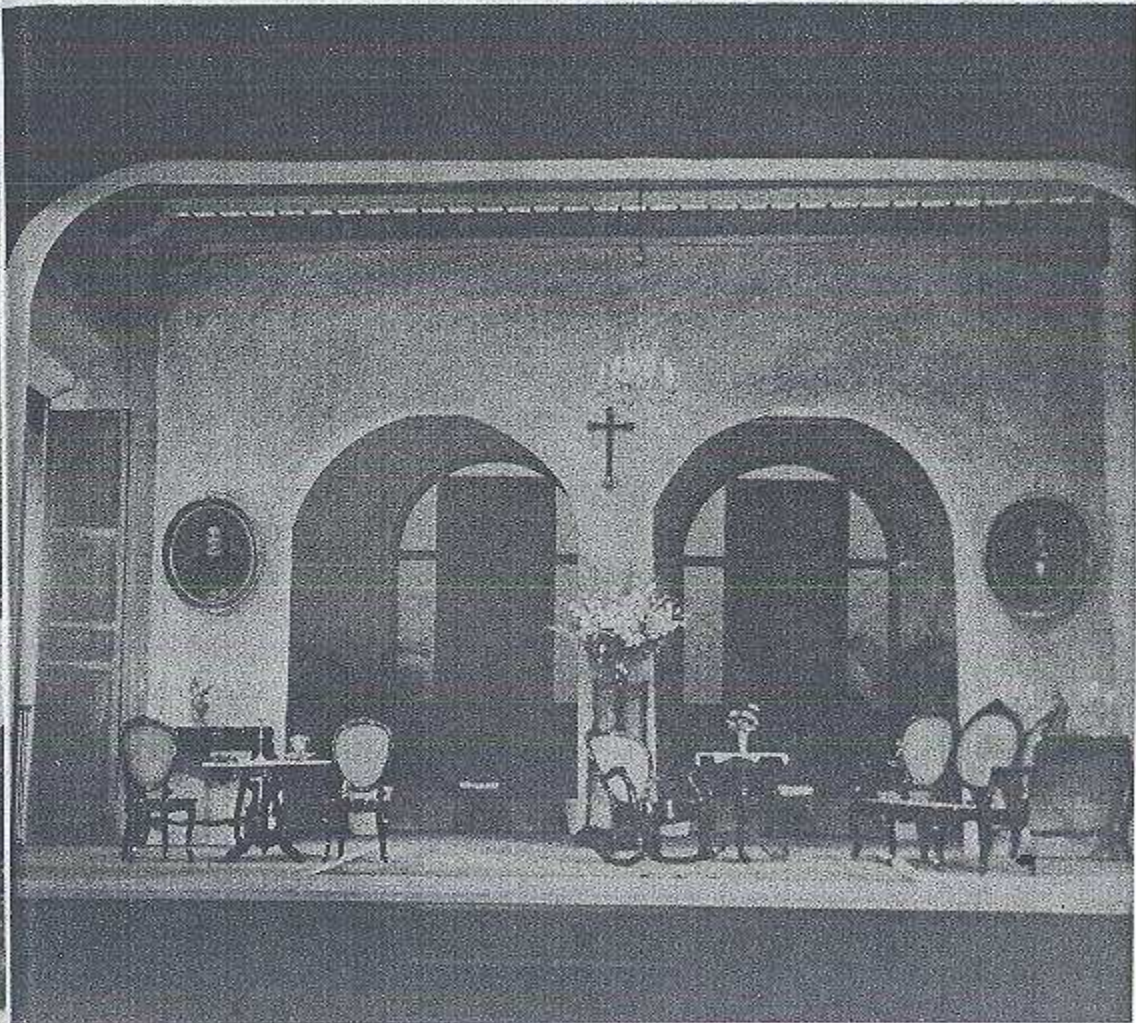
¡Oh! No puede ser. Morir y nada más sólo me resta.



LA CUARTERONA, drama en tres actos de Alejandro Tapia y Rivera. En escena: Víctor Santini (*Luis, amigo de Carlos*), Madeline Willemsen (*Condesa, madre de Carlos*) y Elin Ortiz Reyes (*Don Crispulo, padre de Emilia*)



LA CUARTERONA, drama en tres actos de Alejandro Tapia y Rivera. En escena:
Madeline Villemssen (*Condesa*) y Elin Ortiz (*Don Crispulo*).



LA CUARTERONA, drama en tres actos de Alejandro Tapia y Rivera. Escenografía de Carlos Marichal.

CARLOS

No, tú me amas, te amo y no puedo consentir en tu desgracia. Yo adoro a Dios en tí, porque eres tú su ángel más hermoso. Háblenme de distancias sociales; las desprecio, y te adoro.

JULIA

(Con ternura.) ¡Carlos! (Este le toma las manos. Retirándolas.) ¡Ah! No, no.

ESCENA XI

Dichos, EMILIA y LUIS del brazo, han podido ver el movimiento de CARLOS por retener las manos de JULIA. D. CRÍSPULO y la CONDESA.

EMILIA

¡Qué veo!

JULIA Y CARLOS

(Con sorpresa.) ¡Ah!

EMILIA

Eso sólo me faltaba; ¡qué osadía! (Se desprende del brazo de LUIS y dice a D. CRÍSPULO.) Señor, yo no debo sufrir semejante ofensa.

CONDESA

¡Qué!

CRÍSPULO

¿Qué me dices, hija mía? (EMILIA le habla al oído.) Señora Condesa, se hace a mi hija el poco favor de...

CONDESA

¿Cómo?

12. Q.

JULIA

(¡Dios mío, amparadme!)

CRÍSPULO

¡Creer que mi hija pueda aceptar semejante competencia!

CONDESA

Señor mío, no comprendo...

CARLOS

Pero yo no puedo consentir...

JULIA

(A CARLOS.) Silencio...

LUIS

(¡Esto se enreda; magnífico!)

EMILIA

No hay que dudarlo: aquí estaban muy asidos de las manos.

CONDESA

¡Qué escucho!

CARLOS Y JULIA

(¡Qué dice!)

EMILIA

(A LUIS.) ¿No es verdad, caballero?

LUIS

Es... innegable.

CRÍSPULO

Señora, ya usted lo ve.

CONDESA

Poco a poco: creo que ambos exageran... Carlos, Julia: explíquense ustedes.

EMILIA

¡La muy atrevida!

LUIS

(¡Cuando digo que la boda no se hará!)

CONDESA

Caballero, no está bien que Emilia insulte así a esa muchacha. (¡Oh! ¡quién lo imaginara!)

EMILIA

¡Sí, eso es; calle usted, papá, y deje que me rivalice con una... mulata!

CARLOS

¡Señorita!...

JULIA

¡Ah!

Cae desmayada en el sofá de la izquierda.

CARLOS

(Acudiendo a ella.) ¡Julia!

CONDESA

(Interponiéndose.) Carlos, no es ese tu lugar.

EMILIA

No se apuren ustedes, es fingido: todas ellas son así... ¡tan melindrosas!

CARLOS

Señorita, ¡muy bien!

CONDESA

(A don CRÍSPULO.) Disimule usted esta ocurrencia. Yo tomaré un partido que pondrá a cada uno en su lugar.

CRÍSPULO

Pero...

EMILIA

La boda no debe hacerse. Adiós, señora. Vamos, papá; basta de baile.

LUIS

(Y no se hará, según parece.)

CRÍSPULO

(Yéndose del brazo con EMILIA.) ¡Y todo ello por una cuarterona!

LUIS

(Anda, Luis, camina con valor tras (indicando a don CRÍSPULO) la fortuna.)

Vase tras ellos.

CONDESA

(A CARLOS, en tono de reconvención y tratando de apartarlo de JULIA con alguna violencia.) ¡Carlos!

CAE EL TELON

TERCER ACTO

La decoración del segundo acto.

ESCENA I

LA CONDESA, JORGE

JORGE

Sí, señora; acaba de verla el médico, y dice que la calentura continúa bastante fuerte.

CONDESA

¡Pobre muchacha! Ha pasado una noche muy agitada. Yo estuve, como sabes, a su cabecera hasta más de las doce. ¿Dices que en lo restante no descansó?

JORGE

No, señora; según Juana, que veló junto a ella desde que se separó su merced, ha estado Julia con mucha inquietud y como delirando. No ha cesado de hablar de la muerte y otras cosas muy tristes, nombrando a su merced y al niño Carlos a cada momento, en medio de palabras que no hemos podido comprender.

CONDESA

¿Y mi hijo?

JORGE

Parece que tampoco la pasó muy bien: le he sentido andar por su habitación toda la noche. Salió desde muy temprano y no ha vuelto; sin duda habrá almorzado fuera.

CONDESA

(*Mirando su reloj.*) ¡Son las dos de la tarde! Di a Juana que me espere en mi cuarto; allá iré dentro de algunos minutos; que no dejen un instante sola a la enferma.

JORGE

Se hará lo que manda su merced.

Vase.

ESCENA II

CONDESA, *sola*

CONDESA

¡Lástima me causa esa infeliz; pero ha abusado cruelmente de mis bondades! Quiero suponer que haya sido alucinada por Carlos, cuyas ideas de llaneza me causaron siempre el mayor disgusto; pero darle oídos, alentando tal vez sus esperanzas, entorpecer así mis proyectos, es cosa que no puedo perdonarle. Preciso es que salga ella de casa y que no vuelvan a verse. Y gracias que he logrado persuadir de nuevo a don Crispulo. (*Pausa.*) Sorpresa me ha causado, no la pasión de Carlos, sino el objeto. ¿Y cómo imaginar que tenía en casa la conjuración? Hola, señor don Crispulo.

ESCENA III

CONDESA, DON CRÍSPULO

CRÍSPULO

Señora condesa, beso sus pies.

CONDESA

Sin duda viene usted a decirme que está ya dispuesta Emilia.

CRÍSPULO

Sí lo está, aunque no me ha costado poco vencer su repugnancia. Después de la entrevista que, a invitación de usted, tuvimos usted y yo aquí esta mañana, entrevista en que logré persuadirme de que esa muchacha no volverá a darnos otro mal rato, fui a casa y la empecé con mi hija. La tarea era más difícil de lo que suponíamos; pues ella, que nunca tuvo grande apego a la boda, fundaba en el suceso de anoche grave resistencia. Hícela comprender que todo ello era una bagatela, y que alejada Julia de Carlos, a quien sin duda había seducido, pues cuidé de echar sobre ella toda la culpa, no habría que temer una rivalidad que Emilia juzgaba, y con razón, tan ofensiva. Hice todo lo posible ya que no era justo desistir de un matrimonio concertado y de mutua conveniencia, por un lance que al fin puede tener fácil remedio.

CONDESA

Así, así, don Crispulo; me place hallar en usted un hombre tan cuerdo, tan racional.

CRÍSPULO

Por último, logré, si no convencerla, persuadirla, gracias a esos y otros argumentos.

CONDESA

Ya lo esperaba yo de la discreción de usted y del respeto que ha sabido inspirar a Emilia, cuya docilidad es fruto de la buena educación que usted le ha dado.

CRÍSPULO

Como decía, no han sido sólo verbales mis argumentos; los ha habido muy positivos. A más del regalo de boda que le tenía prometido, y que será cuantioso como usted sabe, le he ofrecido hoy un magnífico tronco de caballos del Canadá, y el mejor y más costoso aderezo que a su gusto encuentre en la ciudad; además, un viaje a Europa en que Carlos habrá de consentir, no sólo por ser de su gusto, cuanto como medio de separar a Carlos de...

CONDESA

Al fin, lo principal es casarlos: después, entre usted y yo arreglaremos las cosas según convenga a ellos mismos. Usted sabe que entre nosotros siempre ha reinado la mayor cordialidad, y que siempre nos hemos entendido.

CRÍSPULO

Por supuesto... Pero es preciso que esa chica...

CONDESA

Pierda usted cuidado. Tan luego como pueda salir, dejará esta casa, y corré de mi cuenta componerlo de modo que ella y mi hijo no vuelvan a verse.

CRÍSPULO

No tanto por mí como por Emilia. Ante el paso de ayer noche, ni usted ni yo podíamos permanecer impasibles. Yo encolerizado me expresé con alguna dureza; pero la noche trae consejo y hemos reflexionado, acabando por convencernos de que entre personas que saben de mundo y de negocios, no es cosa de abandonar uno brillante porque esos tontuelos interpongan su capricho. Yo me juzgaría tonto, si al cabo de

mi carrera me detuviese una bicoca, cuando he pasado por cosas mayores al realizar otros negocios.

CONDESA

Y es como debe ser.

CRÍSPULO

Ahora lo que falta es ver cómo persuadimos a Emilia en la cuestión de tiempo. Está dispuesta, pero pretende dilatar el casamiento hasta verse segura de que no ocurrirá otro lance parecido.

CONDESA

Todo lo contrario. Es forzoso persuadirla de que debe verificarse la boda cuanto antes, hoy mismo; así podremos disponer de ellos mejor.

CRÍSPULO

¡Hoy! Tan pronto... ¡qué dice usted!

CONDESA

Dentro de una hora o antes; no hay tiempo que perder.

CRÍSPULO

Pero ella no consentirá...

CONDESA

Una joven bien educada por usted debe ser sumisa y obediente. Todo está listo. Se han obtenido las dispensas necesarias, y se casarán aquí en casa a despacho cerrado dentro de media hora, tan luego como vuelva usted y Carlos venga.

CRÍSPULO

¿Y cómo convencer a mi hija? ¿Ella que está acostumbrada a hacer su santa voluntad? Yo, no hay duda que la he educado bien, como usted dice; pero no sé quién diablos la ha enseñado a decir *no*, o *lo quiero así*, según se le antoja, y voy a tener una escena en que Dios me ampare.

CONDESA

¡Y qué! ¿No tiene usted medios idénticos a los que empleó esta mañana? Refuerce usted los argumentos y ya verá si triunfa.

CRÍSPULO

Sí, pero...

CONDESA

Si ella ha consentido en lo mayor, doblando las promesas consentirá en lo menor.

CRÍSPULO

Es que ya me cuestan sus remilgos más de lo que usted presume.

CONDESA

¿No es la única hija de su corazón? ¿Lo que usted posee no será todo para ella? Don Crispulo, vaya usted pronto, es urgente, indispensable. Puede usted decirle que el casamiento de Carlos será desengaño y castigo para esa malhadada Julia, que tan funesta ha venido a ser a nuestros planes.

CRÍSPULO

Ya que es así, trataré de persuadirla, y Dios lo quiera.

CONDESA

Quedo aguardándolos. Nada de ceremonias, ¿entiende usted? Será cosa puramente privada y de familia; nada de gran *toilette*; traje de calle o familiar, y nada más. La prontitud es lo que importa.

CRÍSPULO

Vaya, probemos pues.

Vase.

ESCENA IV

CONDESA *sola*

CONDESA

¡Gracias a Dios! Al fin creo que por parte de éstos conseguiré mis deseos. ¡Ojalá pudiese decir lo mismo respecto de Carlos! Aún no lo he visto desde anoche, y temo que no vendrá en todo el día, faltando oportunamente. ¿Qué pensará? En verdad que me intranquiliza su tardanza. Pero vendrá: porque sin duda desea saber cómo sigue la enferma; y como cree que el proyecto del matrimonio está deshecho... Aquí viene, ¡ah!, ¡que me place!

ESCENA V

CONDESA, CARLOS

CARLOS

¡Señora!...

CONDESA

Te aguardaba...

CARLOS

Y yo, si quiere usted que sea sincero, le diré que temía encontrarla.

CONDESA

El culpable teme a su juez.

CARLOS

¡Yo culpable!

CONDESA

¿Lo dudas?

CARLOS

Mi conciencia está tranquila.

CONDESA

Entonces debe ser sobrado elástica.

CARLOS

A fe que no comprendo ese lenguaje, madre mía.

CONDESA

¿Hallarás infundado mi enojo después de lo que ha pasado?

CARLOS

¡Ah! ya comprendo; y si no acertaba, era por no juzgar grave delito lo que es natural y honrado.

CONDESA

A no ser que supongas que debo estar satisfecha de ti y aun aplaudir tu falta de respeto. ¡Bueno sería que se hubiese roto por semejante escándalo, un proyecto de boda generalmente conocido!

CARLOS

¡Qué oigo!

CONDESA

No es posible retroceder.

CARLOS

¡Ah!

CONDESA

¿Osarías pretenderlo?

CARLOS

Es decir, que insiste usted aún...

CONDESA

¿Y por qué no? Allanado el nuevo inconveniente que presentó una ocurrencia que no quisiera recordar, sólo debo pensar en que no se repitan tales escenas por demás desagradables. ¡Olvidarse de sí mismo hasta ese punto; poner tus ojos en quien debieras respetar, sobre todo por la consideración que me debes!

CARLOS

Señora, repito que mis fines eran honrados.

CONDESA

No basta esa protesta de seguridad. Vista la diferencia de condiciones que jamás consentiría en allanar, ¿qué fines honrosos podrían esperarse? No estoy dispuesta a tolerar locuras; he resuelto que se verifique el matrimonio cuanto antes.

CARLOS

Pero es necesario disponer...

CONDESA

Todo está dispuesto. Ella renunciará a sus ilusiones al ver reforzada la barrera que debe existir entre los dos. Su educación ha sido honrada, y si no es indigna de los principios que le he inculcado, si no es ingrata a mis beneficios, se conformará con su deber.

CARLOS

Semejante precipitación, señora, es imposible.

CONDESA

Está resuelto.

CARLOS

Pero...

CONDESA

Una palabra más, en oposición, y esa muchacha saldrá ahora mismo de esta casa; lo exige el honor de mi familia, mi decoro.

CARLOS

(Resignémonos por ahora, ganemos tiempo.) Callaré.

CONDESA

Voy a terminar los preparativos. Carlos, quiero ser obedecida. Aguárdame aquí un momento.

CARLOS

Semejante precisión...

CONDESA

Caballero, el hijo que no obedece, no honra a su madre: repito que me aguarde usted, que no salga de casa sin mi venia. Yo se lo mando.

CARLOS

Bien está, señora.

ESCENA VI

CARLOS, *solo*

CARLOS

Aguardaré, pero en vano. Quizás al obedecerla ahora, lo hago por la última vez. ¡Yo que me prometía que Emilia y su padre habían desistido! Pero ya se ve, el don Crispulo es un verdadero acéfalo ante mi madre, y como tal un autómatas.

Respecto a Emilia, ¿quién fía en la voluntad de una mujer tan necia? ¡Mi madre les ha hablado sin duda y les ha convencido! Ellos, que en medio de tanta vanidad tienen tan pocos escrúpulos cuando se trata de sus intereses o su ambición... Está visto que mi madre, tenaz como siempre, no retrocede, y mi esperanza queda desvanecida con la nueva aceptación de don Crispulo y su hija. Por fortuna había previsto el caso y trabajaba por mi cuenta. Partiré, llevaré conmigo a Julia, si quiere seguirme, a otros países en donde no imperan estas mezquinas preocupaciones coloniales. Una vez allí mi madre habrá de perdonarnos y aceptar mis socorros, si es que, como teme, nuestra fortuna desaparece con mi repulsa al matrimonio que me exige. ¡Oh madre mía! Yo trabajaré para que tengas opulencia si es preciso; ¿pero debo plegarme a la injusticia? ¿Debo inmolar a tu ambición la dicha de dos seres que tú no puedes menos de amar? ¡Oh! Yo creo que Dios me escucha; y Él que penetra las intenciones, no puede ver en mí un hijo ingrato... Oye, Jorge; y Julia, ¿cómo está?

ESCENA VII

CARLOS y JORGE

JORGE

La calentura no disminuye. Ahora voy a la botica por esta receta que acaba de dejar el médico.

CARLOS

A ver: una preparación calmante de las más energicas. Por supuesto que el doctor habrá dejado instrucciones claras del tiempo y forma en que debe la enferma tomar esta bebida.

JORGE

Una cucharada cada dos horas.

CARLOS

Ten cuidado. Si tomase algo más, sería peligroso y tal vez mortal.

JORGE

Esté su merced tranquilo.

CARLOS

Bueno, ve corriendo... A propósito... Oye: pienso partir cuanto antes, tan luego como pueda burlar la vigilancia de mi madre...

JORGE

Mande el niño Carlos.

CARLOS

Estoy decidido. Trataré de persuadir a Julia de que me siga.

JORGE

¡Ah! Comprendo.

CARLOS

Tú la servirás de guía y custodia cuando llegue el caso, es decir, tan luego como esté en disposición de ponerse en camino. La facilitarás todos los medios, e iréis a reuniros conmigo en donde ella te dirá. ¿Habrà modo de que reciba ahora una carta mía?

JORGE

La señora mandó que no se dejase entrar en la habitación de Julia más que al médico. Juana la asiste con igual orden.

CARLOS

¡Fatalidad! Se pierde un tiempo precioso... ¡Si yo pudiese hablarla! ¿Dónde está la señora?

JORGE

¡Ah! niño. Si la señora viese a su merced acercarse al cuarto de la enferma, todo se lo llevaría el diablo.

CARLOS

Es verdad, tienes razón; y lo que más conviene es que no sospeche de mi proyecto... Escribiré, y cuando regreses con la medicina, harás porque llegue a manos de Julia una carta. Ve, pues, a la botica, y vuelve a buscarme aquí o en mi cuarto. (Vase JORGE.) Necesito marchar antes de lo que pensaba. Haré porque ella parta después con Jorge. Por lo pronto permaneceré soltero y libre. Mientras no sea de otra, puedo ser suyo. (Va a escribir y desiste al ver a la CONDESA.) ¡Ah! ¡Mi madre!

ESCENA VIII

CARLOS, LA CONDESA

CONDESA

Te encuentro aquí, lo esperaba, y agradezco tu obediencia.

CARLOS

Debe usted estar satisfecha. Sólo me resta suplicar a usted dilate por un día, por algunas horas...

CONDESA

No puede ser, Carlos.

CARLOS

Lo suplico, lo ruego, madre mía; ¡tal presteza en asunto tan serio!...

CONDESA

Por lo mismo que lo es, debe apresurarse.

CARLOS

Tengo que disponer aún algunas cosas.

CONDESA

Es imposible perder más tiempo; ya he dado mi palabra, y está todo listo. Lo demás nos expondría a interpretaciones que no nos favorecen. Cuando ignoraba lo que ahora sé, podía ser más indulgente; ahora tienes que hacerte perdonar y tranquilizarme respecto de un particular sumamente delicado.

CARLOS

Es decir, que veo burlada del todo mi esperanza. Cuando creía que lo ocurrido podría retrasar esa funesta boda, viene por lo contrario a precipitarla. ¡Soy muy desgraciado, ciertamente!

CONDESA

Te casarás hoy, y saldréis en seguida para el ingenio. En cuanto a esa muchacha, es forzoso que purgue su osadía; y tan luego como esté buena...

CARLOS

¿Qué piensa usted hacer, señora? Es inocente. Si escuchó mis amorosas palabras, no ha sido sin grave resistencia, y sólo cediendo a mi importunidad. Madre, ¿qué piensa usted hacer de ella? Debo saberlo.

CONDESA

Pretendo evitar la deshonra de mi casa; evidenciar que niego toda indulgencia a unas relaciones desiguales y peligrosas. El buen nombre de nuestra familia está por medio, y por consiguiente, ha terminado mi censurable bondad. Debo hacerte comprender si lo has olvidado, como parece, que Julia ha debido ser sagrada para ti. Preciso es que yo te recuerde la cordura, ya que tus pretensiones absurdas la desmienten.

CARLOS

Pues bien, madre: yo la amo y no consentiré que se la ofenda ni trate mal. Si no es igual a mí por la cuna, está tal vez más alta que yo por su corazón; más alta, sí, porque yo he

podido mostrar la voluntad de un hombre, y sólo he mostrado la debilidad de un niño. Deberes tiene el hijo; pero también los tiene la razón, y no he sabido alzarme en favor de ésta. ¡Que no es igual a mí..., pobre sarcasmo!

CONDESA

¡Igual a ti! ¡Llaneza incomprensible! ¡Es decir, que eres igual a la hija de la esclava María! El padre de esa muchacha, que era su dueño, vendió a otro la madre con ella en su seno, avergonzándose del fruto que iba a resultar de su extravío. ¿Eres, pues, igual a esa muchacha que su mismo padre negó antes de nacer y que negaría hoy si la conociese?

CARLOS

No importa, señora. Eso añade mayor interés a su desgracia. Yo que la amo, no debo abandonarla aunque me llamen loco. Sé que usted tiene buen corazón, madre mía, y que no tocará uno solo de sus cabellos; ¿pero eso evitará que sea despreciada y confinada, sábelo Dios, por el crimen de haberme inspirado amor? Si ella es infeliz desde la cuna, ya que la cuna es delito para ciertos seres; si un padre inicuo, por evitar que saliese a su rostro la prueba de un censurable descarreo o por el vil interés de su codicia (cosa no muy rara entre nosotros) la vendió antes de nacer; si el mundo la convirtió en mercancía cuando aún pertenecía exclusivamente a Dios; si entonces la única mano bienhechora que la sacó de su estado; si usted, madre, al decirle: levántate y mira al cielo que es nuestro origen, lo hizo para dejar caer sobre su frente algún día, por la culpa sólo de haber amado, el manoplazo feudal de la soberbia; yo que la amo, porque el cielo la hizo interesante y amable a mis ojos, soy quien debo indemnizarla ante Dios diciendo: Señor, tú la creaste tuya, y los hombres te la han robado. Ella que es tu hija, ha sido vendida como Tú también lo fuiste, por uno de los seres que venden su sangre, por uno de los Judas que existen en el mundo para cambiar las almas por dinero; yo, pues, la rescato con mi amor, y la devuelvo a su celeste origen.

CONDESA

¡Qué escucho! Apenas creo lo que oigo. Me avergüenzo de tus palabras. Estás loco, sin duda. ¡Y es mi hijo quien profiere tales desatacos, y ante mí se permite tales palabras! Ahora menos que nunca debo ceder: ceder es la deshonra, y a poco que tolerase, la llevaría ante el ara a mi despecho. Que salga, que salga inmediatamente de esta casa.

Da algunos pasos hacia la puerta de la derecha con mucha resolución.

CARLOS

No señora, no saldrá sino conmigo.

CONDESA

¿Cómo impedirlo?

CARLOS

(Interponiéndose con respeto pero con firmeza.) No lo sé... mas la protejo.

CONDESA

¿Por qué medios?

CARLOS

La ley..., digo mal: la justicia...

CONDESA

(Con grande energía haciendo por apartar a CARLOS de la puerta.) ¡Aparta!

CARLOS

(Con amargura y decisión.) ¡Señora!...

CONDESA

Saldrá ahora mismo, cualquiera que sea su estado: yo lo quiero.

CARLOS

(Bruscamente.) No lo consentiré.

CONDESA

(Retrocediendo.) ¡Cielos! ¡Y es mi hijo!

CARLOS

(Cayendo de rodillas.) Madre mía, piedad... piedad para ella y para mí. *(Levantándose.)* ¡Ah! Señora, compadezca usted mi estado. ¡No he querido ofender a usted, pero soy muy infeliz! Mi corazón sufre mucho y tengo en él un mundo de amargura. Usted que fue tan buena para Julia, no debe hacerla más desdichada; que sin nacer lo era. Que ignore siempre la saña con que usted acaba de amenazarla. ¡Ah madre mía! Si mis palabras han podido ofenderla, mi corazón no las ha dictado.

Durante esta escena, ha pasado JORGE de vuelta de la botica con un frasco que parece ser el recetado, hacia la puerta que conduce a la habitación de JULIA, saliendo después y regresando al salón, no sin mostrar algún curioso interés por lo que pasa o dicen en la escena. Ahora viene de la antesala.

ESCENA IX

Dichos y JORGE

CONDESA

¿Qué hay?

JORGE

Acaban de entrar y esperan en el salón.

CONDESA

Que tengan la bondad de aguardar un instante; allá vamos. *(Vase JORGE.)* Es ya un compromiso serio; su ruptura sería una desgracia. Ahora me avergonzaría; evítame el sonrojo.

CARLOS

¡Madre, madre! ¿Quiere usted hacerme completamente desgraciado? No puede ser.

CONDESA

Tu casamiento me tranquilizaría respecto de tu loca inclinación a Julia. Haz lo que anhelo... ¡Yo te ofrezco tenerla siempre a mi lado, y aun la amaré como... a una hija... Carlos!

CARLOS

¡Oh! Muerte, serías un bien.

CONDESA

(¡Ah, qué idea! Es preciso..., veamos. El momento es supremo, ¿a qué detenerme? Es un recurso disculpable, necesario.) Hijo mío: el enlace que te propongo es ahora de conciencia. Debo curarte de un amor imposible, y evitar criminales consecuencias... Entre Julia y tú, hay un abismo. Aun cuando ella fuese de tu propia condición, aun cuando tuviese todo el oro y todos los atractivos del mundo, no podría ser tu esposa.

CARLOS

¡Cómo!

CONDESA

Lo que se cuenta de su nacimiento, fue pura invención para cubrir un extravío.

CARLOS

¡Qué dice usted!

CONDESA

Si la he tratado como hija, ha sido porque respeto la memoria de tu padre... Me fuerzas a decírtelo.

CARLOS

¡Qué oigo! ¡Cielos, tened piedad de mí!

CONDESA

Y ahora, ¿vacilarás? ¡Carlos, decídetelo, por Dios, que nos aguardan!

CARLOS

¡Ah!

CONDESA

El abismo entre los dos es ahora inmenso.

CARLOS

¡Sí, inmenso!

CONDESA

Debo impedir que caigas en él... ¡El incesto!

CARLOS

¡Qué horror!

CONDESA

Ven, y huye de ella para siempre.

CARLOS

Sí, sí... Haga usted de mí lo que quiera.

CONDESA

Carlos, ven a poner entre ella y tú la barrera salvadora; ven, hijo mío, ven.

Aprovechándose del estupor de CARLOS, la CONDESA le ase del brazo llevándole consigo.

ESCENA X

JORGE, que sale por el lado opuesto y que les ha visto marchar.

JORGE

El sacerdote espera en la sala. ¡Va a casarse con la hija de ese hombre! ¡Pobre Julia! Si pudiese verla... Y el niño

Carlos que pensaba llevársela; pero, ¿qué haré? Sin duda no ha escrito la carta de que me habló. (*Buscando en la mesa.*) Nada, no hay nada. Además, ¿de qué serviría si va a casarse? ¿Cómo es que ha consentido? ¿Qué habrá hecho la señora para obligarle? Voy a ver si Juana me deja hablar con Julia... Pero, ¿qué miro? ¡Es ella!...

ESCENA XI

JORGE y JULIA, que sale con el cabello suelto, pálida y febril, expresando en su fisonomía su malestar físico y su desesperación. Su traje un poco descuidado, da a conocer que se ha vestido con el desaliño y rapidez que debe suponerse en quien como ella acaba de dejar el lecho del dolor.

JORGE

¡Julia! ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué has salido de tu cuarto con calentura?... ¡Y Juana te ha dejado salir!

JULIA

Duerme.

JORGE

La pobre Juana ha velado toda la noche. Estaría rendida de sueño.

JULIA

Dime... ¿y él?...

JORGE

Todo estaba preparado para su fuga y la tuya.

JULIA

Pues vamos.

JORGE

Pero parece que se ha visto obligado a obedecer a la señora.

JULIA

¡Cómo!

JORGE

Está en el salón...

JULIA

Acaba...

JORGE

Julia, vuelve a tu cuarto.

JULIA

Y ella sin duda estará también en el salón. Le jura un amor que es pura falsía... ¡oh! ¡Qué veo! (*Mirando hacia el fondo.*) ¡Un sacerdote!... ¡Ah! Comprendo... Van a enlazarse ahora mismo, aquí en casa... ¡Dios mío!... Pero ¿qué me importa?... ¡Ah! Siento fuego en las entrañas y en las sienes... parece que va a rompérsese la cabeza.

JORGE

Es un vahído... Llamaré...

JULIA

¡Silencio! No llores, no es necesario... te lo suplico. El sudor baña mi frente, es de hielo, y sin embargo en ella hay algo que me quema. Esta mancha... ¿no ves esta mancha?...

JORGE

Julia, deliras...

JULIA

Una mancha que debe ser muy visible, porque todos la ven, todos me la echan en cara. ¡Cuando todos lo dicen!... Y sin embargo, esta mancha no es la del crimen: la tuve desde mi primer instante, nací con ella... ¡ah! ¡Si pudiese borrarla! ¡Dicen que soy bella... ja... ja... ja...! ¿Cómo puedo serlo con esta mancha? Ella es mi pecado original, ¡pero sin redención, sin redención!...

JORGE

Serénate, por Dios.

JULIA

¡Pues qué!... ¿No estoy serena? Ellos se casan y yo... me río. Ya lo ves, me río... ¿me quiere más serena? Yo también voy a casarme. ¿No oyes mi epitalamio?

*Hay una palma en el valle
a quien allá en otros días
las aves, dulces cantoras,
a saludarla venían.*

*Llegó luego la tormenta
y por el rayo fue herida;
su tronco secóse, ¡ay triste!...
Las aves ya no volvían.*

¿No es verdad que es muy bonito mi epitalamio? Quiero ponerme los adornos de la boda. (*Tratando de arreglarse el cabello.*) Jorge, tráeme flores... necesito flores para mi frente. Quiero ver si oculto esta mancha que me abruma, la mancha de mi origen; pero no me traigas mirtos ni azahares; esas flores son muy alegres y deben servir para otras más felices... ¡yo estoy tan triste! Tráeme lirios, que son tristes como yo... siempre vivas que sirvan para un sepulcro... Quiero ya mi vestido de boda, blanco como el armiño, como la pureza... como un sudario.

JORGE

Julia, por Dios, por tu madre: vuelve a tu cuarto. No debes estar, no estás bien aquí.

JULIA

Mi madre, dices que mi madre... ¡Yo no tengo madre! ¿Dónde está? No lo recuerdo... Sin duda ha muerto. Si ella no hubiese muerto, estaría aquí, respondería cuando la llamo. ¡La he llamado en vano tantas veces! No, no vive: ahora recuerdo que siempre me lo han dicho... ¿No es verdad que era

esclava? ¡Qué horror! ¡Debió morir sin duda de pesadumbre, al ver que me ponía en el mundo para ser tan desgraciada! Sí, ella ha muerto, porque siento que alguien me llama desde otra parte, desde otro mundo... Sí, ella es quien me llama, me llama tan dulcemente... ¡Oh! ¡Sólo una madre puede llamar así!

JORGE

Julia, Julia, me das miedo... ¡Oh! ¿Qué hacer?

JULIA

Ellos se casan... están en la iglesia. Ven acá, Jorge. ¿No oyes el órgano? Qué hermoso es lo que tocan; parece un canto de otra vida... ¿No oyes la campana qué triste?... Y sin embargo, celebran un casamiento. ¡Ah! ¡No, qué boba soy! Son campanas que doblan... Es un entierro que cantan. ¿Quién ha muerto?... Algún rico tal vez porque es un entierro muy pomposo... ¡Ah! ¡Vosotros los que rogáis por un muerto a quien no conocí, rogad por mí también... por una desdichada!... ¡Ah! Sí, es por mí, ruegan por mí... y no puedo rezar, ni llorar tampoco... porque tengo fuego en la frente y en los ojos, y no puedo rezar ni llorar... y luego esta mancha!... (*Se golpea la frente.*) ¡Ah! Me muero.

Déjase caer lentamente en un sillón como vencida por tenaz y angustiosa modorra.

ESCENA XII

Dichos, LUIS

LUIS

¡Hola!... ¿Qué es eso? ¿Qué veo?

JORGE

Señor, yo no sé lo que pasa, pero me parece que está muy mala... Caballero, llame su merced, por Dios.

LUIS

¿Y dónde están?

JORGE

En el salón.

LUIS

He visto el carruaje de Emilia y su padre venir hacia aquí.

JORGE

En el salón están todos; acaso esté ya concluido el casamiento.

LUIS

¿Qué me dices? ¿Pero ignoran el estado de esa joven?...

JORGE

Sí, señor.

LUIS

Llamaré para que la socorran. (Evitemos y ganemos tiempo.)

Vase.

ESCENA XIII

Dichos menos LUIS

JORGE

Julia, es menester que vuelvas a tu cama. Vendrán los amos y si te encuentran aquí y en ese estado... la alarma para el niño Carlos será mayor.

JULIA

(Con suma postración y languidez.) ¿Qué dices? Déjame... Siento un peso tan grande en la cabeza... y en todo mi cuerpo... Quiero dormir... quiero morir...

JORGE

Ven, Julia, ven. Es preciso que la lleve de todos modos.

ESCENA XIV

Dichos, CARLOS, la CONDESA, D. CRÍSPULO, EMILIA y LUIS. Aparecen juntos, pero por el orden indicado.

CARLOS

¡Julia!... ¡Cielos!...

CONDESA

¿Qué es eso? ¿Así se cumplen mis órdenes? ¿Cómo está aquí?

CARLOS

Madre mía, ¡socorro, por Dios!

CRÍSPULO

(Con ira reconcentrada.) Cuando dije que esa muchacha...

EMILIA

(Con marcado desdén.) Vea usted, papá, si tenía yo razón.

LUIS

(¡Era tarde: estaban casados! Pensemos en otra cosa, pues aquí ya estoy de más.) (Saludando.) Celebraré que el accidente no sea cosa mayor.*Vase.*

CARLOS

(Que ha examinado a JULIA al par que la CONDESA.) Sin pulso... la frente helada...

JULIA

(Al oír la voz de CARLOS abre los ojos aunque con dificultad, procura sonreír y le tiende la mano.) ¡Ah! ¡Carlos... yo... pesado sueño!... ¡Qué felicidad... poder dormir tan dulce-mente!...

CARLOS

Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha sido esto?

JORGE

(Como quien recuerda de repente.) ¡Ah!

Corre hacia el cuarto de JULIA.

CRÍSPULO

Mucho temía este lance, Condesa.

EMILIA

Y lo peor es que ya no tiene remedio: ¡ya soy su esposa!

CRÍSPULO

¿Qué dice usted a eso?

CONDESA

Déjeme usted ahora. Hijo mío, ¡en qué situación me has puesto con tu funesto amor!

CARLOS

Madre, omita usted por favor reconvenciones. Socorro necesita esta infeliz... Julia, Julia, ¿no me oyes? Yo te llamo... Julia... ¡no responde!

JORGE

(Trayendo vacío el frasco de la receta.) Mire su merced, niño Carlos.

CONDESA

¿Qué es eso?

JORGE

La medicina que traje... Se levantó al descuido de Juana, y la bebió de un golpe.

CARLOS

¡Qué escucho! Se muere sin remedio... pronto: tinta, papel. (Va a pulsarla.) No, ya no hay remedio: ¡su sueño es el eterno!

JORGE

(A don CRÍSPULO con indignación.) Ella era hija de María. Era hija de usted. (A EMILIA.) Su hermana.

CRÍSPULO

(Con terror y sorpresa.) ¡Qué oigo!

EMILIA

(Con sorpresa y confusión.) ¡Mi hermana!

CONDESA

(A entrambos.) ¡El dice la verdad!

CARLOS

¡Señora!

CONDESA

¡Perdón, hijo mío; era preciso!

CARLOS

(En tono de amarga reconvención.) ¡Madre! ¡Madre!

CONDESA

Hijo mío, hijo mío (corriendo a abrazarle), perdóname.

CARLOS rehúsa este abrazo, y la CONDESA se deja caer abatida en un sillón.

CARLOS

Dejadme: este matrimonio, hijo de la mentira, es nulo ante Dios y ante mi conciencia: ¡lo rechazo! *(Yendo a inclinarse sobre el cadáver de JULIA.)* ¡Julia! ¡Idolo mío! Sólo la mentira pudo apartarme de ti; pero si vivieras, nadie, lo juro, podría arrancarme de tus brazos.

La abraza y llora con desesperación. D. CRÍSPULO contempla a JULIA aterrado. EMILIA se cubre el rostro como si el dolor fuera una vergüenza.

JORGE

(A don CRÍSPULO con solemnidad.) ¡Dios hará justicia!

CAE EL TELON CON ALGUNA LENTITUD

FIN DEL DRAMA

ADVERTENCIA

Si la actriz que desempeñara el papel de Julia fuera morena, con no usar el colorete tendrá bastante. Si rubia, deberá figurar como pelinegra; pero nada de tizne, puesto que se trata de una mujer blanca en apariencia. Dos trenzas a lo criolla, y ondado o rizado el cabello en la parte no trenzada. En el último acto, suelto. Vestirá trajes sencillos y elegantes, aunque modestos, en la forma que los usan las señoritas criollas dentro de casa, prefiriendo en aquéllos el color blanco, sobre todo en el acto último.

Jorge llevará peluca, figurando el cabello negro y lanudo de su raza; pero algo canoso: traje de criado decente, aunque modesto, o bien la librea de gala que indica la acotación oportunamente. Se trata de un negro criollo y serio; nada de cómico ni bozal en el decir ni en las maneras. Hará lo posible para evitar la pronunciación castellana de la C y de la Z.

Don Crispulo, gordo y coloradote.

Luis, vivo, algo atolondrado o ligero, y elegante en el vestido y los modales.

Emilia, aire de frivolidad y presunción: igual elegancia en el vestir y en las maneras: orgullosa para con Julia.

La Condesa, altiva siempre, hasta cuando se muestra algo afectuosa. Altivez que no es altanería; esto es, naturalidad y no afectación.